



Ministerio de  
Educación  
Presidencia de la Nación

Aportes para el desarrollo curricular

# Historia social argentina y latinoamericana





**APORTES PARA EL DESARROLLO CURRICULAR**

# **Historia social argentina y latinoamericana**

**Patricia Funes<sup>1</sup> y María Pía López<sup>2</sup>**

---

<sup>1</sup>Profesora e investigadora de la Universidad de Buenos Aires y de CONICET. Su tarea docente, de investigación y extensión es y ha sido sobre la Historia de América latina del siglo XX.

<sup>2</sup>Socióloga y ensayista, es docente e investigadora universitaria en materias que abordan la temática de América latina.

Actualmente, ambas autoras coordinan el postítulo *América Latina: procesos y problemas de la sociedad y la cultura*.

**Presidenta de la Nación**

Dra. CRISTINA FERNÁNDEZ DE KIRCHNER

**Ministro de Educación**

Prof. ALBERTO SILEONI

**Secretaria de Educación**

Prof. MARÍA INÉS ABRILE DE VOLLMER

**Secretario General del Consejo Federal de Educación**

Prof. DOMINGO DE CARA

**Secretario de Políticas Universitarias**

Dr. ALBERTO DIBBERN

**Directora Ejecutiva del Instituto Nacional de Formación Docente**

Lic. GRACIELA LOMBARDI

**Área Desarrollo Institucional - INFD**

COORDINADORA NACIONAL: Lic. PERLA FERNÁNDEZ

**Área Formación e Investigación - INFD**

COORDINADORA NACIONAL: Lic. ANDREA MOLINARI

**Coordinadora del Área de Desarrollo Curricular - INFD**

Lic. MARÍA CRISTINA HISSE

Funes, Patricia

Historia social argentina y latinoamericana / Patricia Funes y María Pía López. - 1a ed. - Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2010.

41 p. ; 23x17 cm. - (Aportes para el desarrollo curricular)

ISBN 978-950-00-0767-2

1. Formación Docente . I. López, María Pía II. Título CDD 371.1

#### Coordinación General

María Cristina Hisse

#### Equipo técnico del Área Desarrollo Curricular

Liliana Cerutti – Ana Encabo – María Susana Gogna –

Gustavo Mórtola – Alicia Zamudio

#### Asistente operativa

María Emilia Racciatti

#### Diseño y diagramación

Ricardo Penney

#### Corrección de estilo y edición general

Ana María Mozian

#### Instituto Nacional de Formación Docente

Lavalle 2540 - 3º piso (C1205AAF) - Ciudad de Buenos Aires. Teléfono: 4959-2200

www.me.gov.ar/infod - e-mail: infod@me.gov.ar

## Índice

<b>Palabras preliminares</b>	<b>7</b>
.....	
<b>Introducción</b>	<b>9</b>
.....	
<b>1. Recorridos para una historia argentina y latinoamericana</b>	<b>12</b>
1.1. Períodos. Criterios.	<b>12</b>
1.2. Procesos fundamentales: por qué la selección.	<b>13</b>
1.3. De las sociedades de industrialización por sustitución de importaciones a las reformas de libre mercado.	<b>14</b>
1.4. Estado y movimientos sociales.	<b>18</b>
1.5. Democracias y dictaduras.	<b>21</b>
<b>2. Algunos conceptos para pensar América latina</b>	<b>23</b>
2.1. Insistencia en la condición histórica de los fenómenos.	<b>25</b>
2.2. Revisando: civilización y barbarie.	<b>25</b>
2.3. La heterogeneidad temporal.	<b>27</b>
2.4. Singularidad o exotismo. Particularismo y universalismo.	<b>28</b>
2.5. Pensar lo múltiple.	<b>29</b>
<b>3. La historia social y lo social en la historia. Temporalidades, colectivos, conflictos y diálogos.</b>	<b>30</b>
3.1. La historia positivista y la construcción de los relatos nacionales	<b>31</b>
3.2. La Historia social en la escena del siglo XX	<b>33</b>
.....	
<b>Bibliografía</b>	<b>40</b>

## Palabras preliminares

La formación docente de nuestro país ha comenzado a transitar un proceso de renovación a partir de la promulgación de la Ley de Educación Nacional. En este contexto, el Consejo Federal de Educación aprobó a través de la Resolución N° 24/07 los Lineamientos Curriculares Nacionales para la Formación Docente Inicial, lo que representa un importante avance en relación al fortalecimiento de la integración federal del curriculum de formación docente por su aporte a la integración, congruencia y complementariedad de la formación inicial, asegurando niveles de formación y resultados equivalentes, logrando mayor articulación entre carreras y entre jurisdicciones.

A partir del año 2009 todas las provincias del país y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires han comenzado a ofrecer nuevos planes de estudio para los futuros docentes, que han sido elaborados de acuerdo a la propuesta de los Lineamientos Nacionales. En este marco, la publicación de la serie Aportes para el desarrollo curricular constituye una de las acciones que el Instituto Nacional de Formación Docente desarrolla para acompañar el proceso de implementación de los nuevos diseños curriculares para la formación docente inicial.

La serie está integrada por nueve documentos escritos por especialistas de reconocida trayectoria y tiene como propósito presentar algunos elementos de carácter teórico que puedan acompañar a los profesores de las instituciones formadoras responsables de la enseñanza de diferentes unidades curriculares.

Si bien los documentos han sido elaborados atendiendo a campos disciplinares, temas o problemas relativos a las instancias curriculares que integran los nuevos diseños, es necesario destacar que fueron pensados como aportes al desarrollo curricular en su conjunto, más allá de la especificación de un campo o asignatura en particular. En este sentido, docentes a cargo de diferentes espacios pueden ser destinatarios de un mismo material. Dentro de la serie, algunos de ellos, priorizan la actualización académica en un campo, tema o problema, en tanto otros ofrecen posibles alternativas para la selección y organización de contenidos de algunas instancias curriculares.

Dado que los diferentes documentos presentan una perspectiva entre muchas posibles y fueron elaborados con la intención de aportar al debate, de modo alguno tienen valor de prescripción. Todos ellos presentan enfoques que seguramente serán complementados y enriquecidos al entrar en diálogo con otros textos y con la práctica cotidiana de los formadores que día a día asumen el compromiso de formar nuevas generaciones de docentes.

**María Cristina Hisse  
Andrea Molinari**

## Introducción

¿Qué procesos abordar en una historia tan compleja y heterogénea como la de América latina? ¿Con qué conceptos analizarlos y qué perspectiva construir para que ese conocimiento resulte a la vez accesible y crítico para la formación de profesores? ¿Cuál es la especificidad de la historia social y qué debates fundamentales abrió? Esas son las preguntas que han orientado la escritura de este módulo, en el que intentamos plantear la cuestión de la enseñanza de una historia social argentina y latinoamericana en un triple nivel: el de los contenidos, el del método, y el de la disciplina historiográfica.

En el primero de esos planos, proponemos dirimir dos cuestiones centrales: cuál es el período que se abarca y la relación entre los procesos desarrollados en Argentina y los del resto de la región, buscando tanto lo que los articula como lo que marca su singularidad. Definir un período es una decisión metodológica fundamental de cualquier análisis, porque lejos de tratarse de la aceptación de un dato cronológico se trata de la afirmación de que cierto acontecimiento o fecha funciona como hito para el desarrollo de una serie de problemas que caracterizan a una sociedad. La mención de “Edad Media”, “Edad clásica”, “Edad moderna”, como se proponía en las historias más tradicionales, o la de “Era del imperio” y el corto siglo XX de Eric Hobsbawm, muestran que periodizar y nombrar son actos fundamentales tanto en la producción historiográfica como en la enseñanza de la disciplina.

Nuestra propuesta aquí es la de considerar el desarrollo de las sociedades de masas en América latina (con los distintos procesos que se articulan de diversos modos con ese desarrollo: emergencia de una economía con zonas industrializadas; urbanización; migraciones del campo a la ciudad; movilización política de los sectores populares; aparición de Estados benefactores o de regímenes populistas) y su crisis y modificación en las últimas décadas del siglo XX. La formación estaría abocada así al desarrollo de análisis, conocimientos, conceptos, capaces de comprender no sólo el pasado de las sociedades latinoamericanas sino los rasgos de sus complejos presentes.

Estos procesos no se dieron de igual modo en las naciones de la región y para pensar esa heterogeneidad vale recordar las diferencias entre el México de Cuauhtémoc Cárdenas que inicia una serie de reformas que heredan y recrean las demandas del ala campesina de la revolución mexicana de 1910 y la situación boliviana en esos años 30, tensionada alrededor de una guerra con Paraguay por el control de zonas petroleras. Para que esa heterogeneidad no resulte inaccesible a los estudiantes sería recomendable tomar como centro el proceso argentino y realizar análisis comparativos con otras historias nacionales. De algunos modos posibles de hacerlo, alrededor de qué procesos, tratamos en el primer apartado.

Situar los procesos históricos argentinos como eje central del dictado es necesario para enlazar con conocimientos previos de los docentes en formación y por la escasa accesibilidad a la producción historiográfica sobre América latina. De todos modos, es un momento singular y relevante para tratar estas cuestiones, porque la idea de pertenencia de nuestro país a la región y la noción de un destino compartido atraviesan las vivencias y reflexiones.

La ausencia y la presencia de lo latinoamericano como pregunta y objeto de interés son parte de la historia social de nuestro país. Es visible eso si lo pensamos desde los momentos en que estuvo muy presente: la década de 1920, los años 60 y este comienzo del siglo XXI. En los veinte circuló con fuerza la pregunta por la identidad de América latina –incluso acerca del nombre que merecía: el que finalmente quedó, o Hispanoamérica, o Indoamérica- y por su capacidad de aportar algo nuevo al mundo. El nuevo continente se pensaba como promesa frente a la decadencia de Occidente. Esas preguntas y esas apuestas surgieron a partir de los movimientos juveniles que luchaban por la reforma de las universidades y de los grupos que se propusieron una transformación vanguardista de las instituciones artísticas. Tenían, en su pasado inmediato, una revolución campesina, la mexicana, en la cual inspirarse. Por eso, el muralismo de ese país tiene tanta fuerza en la constitución de imágenes en las que se inspiraría la definición de lo latinoamericano.

Durante la década del 60 la preocupación por América latina se expandiría a partir de otra revolución: la de Cuba. Organizaciones políticas, vanguardias estéticas, editoriales, revistas, agencias de prensa, se definieron a partir de su articulación regional y de la pregunta, otra vez, por la especificidad americana en el contexto de las luchas por la emancipación del Tercer Mundo. En la actualidad, la preocupación ha retornado en un escenario que tiene ciertas diferencias con los anteriores: no es un escenario de revoluciones triunfantes, sino que está definido por la coexistencia de una serie de gobiernos de origen popular, que suponen nuevos tipos de gobernabilidad y se plantean políticas de integración regional. Marco Aurelio García –relevante intelectual brasileño y asesor en políticas internacionales del presidente Lula da Silva– ha escrito que no hay salida a la crisis económica sino con el despliegue de un desarrollismo regional, ya no nacional. Por lo tanto, la reflexión sobre América latina no es sólo un problema teórico o un objeto de estudio o un deseo político sino una exigencia de los hechos. En este sentido, la enseñanza de la historia debe considerar su relación con el presente y coadyuvar al despliegue de ideas, conceptos y conocimientos que permitan pensar con más libertad crítica y más objetividad que aquellos que proveen, cotidianamente, el sentido común y el relato mediático.

A esto nos referimos con lo que mencionábamos como método y que constituye el segundo nivel en el que se sitúa nuestra propuesta: el planteo de una serie de conceptos y estrategias de conocimiento que permitan dar cuenta de lo que a veces se ha llamado anomalía latinoamericana o singularidad o exotismo. Hay ideas, por ejemplo, que tienen un peso profundo en los discursos sociales, en las creencias del sentido común, como es la dicotomía civilización y barbarie. Para Argentina ese enunciado está en sus instancias casi fundacionales pero con mutaciones ha recorrido y recorre posiciones políticas, consideraciones sobre el mundo popular, ideas de ciudadanía. Tiene efectos y tiene, también, supuestos: una idea del hombre y una concepción del tiempo. Que no resultan productivas ni adecuadas para analizar y narrar la historia de sociedades pluriculturales y heterogéneas.

La revisión crítica de esas categorías y la recuperación de ciertas ideas o imágenes que existen en la historia, la literatura y el ensayo latinoamericano, constituyen el segundo apartado de esta propuesta. Se trata allí, fundamentalmente, de enfatizar la importancia de la historia como herramienta de desnaturalización, capaz de mostrar atrás de lo que aparece como perenne y ya dado, los procesos que lo forjan.

Como toda disciplina de conocimiento, la historiografía se fue desarrollando a través de distintas corrientes, debates, descubrimientos temáticos, metodologías de análisis. Ya el adjetivo “social” mencio-

na un modo particular de concebirla, surcado a su vez por distintas concepciones. Es necesario, tanto en el desarrollo del módulo como respecto a la consideración de la enseñanza, tener presente la especificidad de la historia social, que consiste, especialmente, en el estudio y narración de los procesos vividos y llevados adelante por actores sociales antes que en la mención de cronologías o acontecimientos individuales. En la tercera parte del módulo, los profesores encontrarán una breve historización de las distintas concepciones de la historia, destinada a permanecer como una reflexión que si no se explicita en los contenidos curriculares es productivo que los acompañe y sustente.

Aunque parezca obvio el carácter social de la historia no lo es tanto en sociedades que constituyen sus sistemas de interpretaciones alrededor de los actos de individuos y de acontecimientos sustraídos y separados de su causalidad y desarrollo. En ese sentido, la historia social confronta con categorías e imágenes que organizan la percepción de la vida en común. La presencia implícita de las disidencias en la construcción del conocimiento historiográfico, de las dificultades que surgen en la definición de su objeto y el recuerdo del entusiasmo político y vital que animó muchas biografías de historiadores, pueden auxiliarnos en esa difícil tarea.

Por otra parte, la historia regional o continental ha recibido por lo menos poca atención en los distintos niveles educativos. Se conoce el privilegio que durante años tuvo el estudio sobre la historia europea, privilegio que si bien ahora no es reivindicado explícitamente, continúa permeando los modos del conocimiento y la narración. Habita ese desdén al estudio de los procesos propios de la región, pero también la aplicación de categorías poco capaces de dar cuenta de su singularidad.

El gran filósofo de la modernidad, G.F. Hegel escribió que los pueblos americanos no tenían historia. La frase fue largamente rebatida, pero no por ello perdió eficacia: está presente en distintos conceptos o imágenes que se usan, muchas veces, para considerar la historia regional. Años antes de escribir esa desdichada frase, Hegel había escrito su libro fundamental: la *Fenomenología del espíritu*. Allí planteó una idea cuya discusión y relectura atravesó los siglos XIX y XX. Se trataba de la dialéctica del amo y el esclavo. Hace pocos años, la politóloga Susan Buck Morss en su libro *Hegel y Haití* mostró hasta qué punto esa idea estaba sustentada en una experiencia histórica: en la rebelión triunfante de los esclavos negros de Haití que se toman en serio –y llevan a sus consecuencias prácticas inesperadas– la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Francia revolucionaria. Esto muestra la relación entre historia y filosofía, pero también la difícil relación entre América y Europa. Hegel, lector de Haití en 1807, borra esa experiencia y afirmaría que América era un continente sin historia.

Que por pertenencia territorial y cultural seamos latinoamericanos, no significa que nuestra mirada no esté inficionada por esas ideas. De hecho, Argentina desde el siglo XIX quiso pensarse más con relación a Europa que a sus vecinos continentales. En la educación persiste como omisión o como menoscabo de su relevancia. Cuando se plantean sin distancia crítica ideas como civilización o progreso, cuando se utilizan criterios valorativos encubiertos en descripciones –como la idea de atraso–, se ponen en juego concepciones del mundo en las que la región tiene una situación peculiar. Es necesaria una doble tarea: la de constituir América latina como objeto de conocimiento, diseñando contenidos curriculares que den cuenta de procesos fundamentales de su historia y, a la vez, de revisar críticamente los términos, los conceptos y las imágenes con las que se lo aborda.

# 1. Recorridos para una historia argentina y latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX

## 1.1. Períodos. Criterios.

¿Qué acontecimientos, procesos iniciados, fechas, se consideran tan relevantes que, aunque otras condiciones no se transformen, hacen surgir un nuevo período? Importa, en todo caso, la claridad de las decisiones que sustentan tales cortes.

La brevísima *Historia de América latina* de Pierre Chaunu (Eudeba, 1964) plantea una serie de etapas diferenciadas de acuerdo a la relación con el dominio colonial: “La América latina colonial”; “Hundimiento del sistema”; “América latina libre (?)”. El signo de interrogación plantea la hipótesis que sustenta la división: el pasaje de la colonialidad tradicional a un nuevo tipo de explotación, la del imperialismo norteamericano.

La cuestión colonial también organiza la periodización que hace Tulio Halperín Donghi en la *Historia contemporánea de América latina* (Alianza, 1969). Su índice es: El legado colonial; la crisis de la independencia; Una larga espera; Surgimiento del orden neocolonial; Madurez del orden neocolonial; Crisis del orden neocolonial; La búsqueda de un nuevo equilibrio; Deterioro económico social y acentuación de los desequilibrios. Volveremos sobre este libro pero es claro que la lectura que lo organiza es la de comprender América latina en función de su engarce con el mercado mundial y con las lógicas políticas internacionales.

José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (Siglo Veintiuno, 1976) divide en: Latinoamérica en la expansión europea; El siglo de las fundaciones; Las ciudades hidalgas de Indias; Las ciudades criollas; Las ciudades patricias; Las ciudades burguesas; Las ciudades masificadas. Como es claro desde el título y en el índice, la dimensión que organiza esta periodización es la de la vida urbana y los tipos de sociabilidad y pensamiento que se dan en las ciudades.

El mismo historiador, en su *Breve historia de la Argentina* (Eudeba, 1965) planteaba cuatro períodos: La era indígena; La era colonial; La era criolla; La era aluvial. Esta última comprendiendo procesos bien distintos, desde la república liberal de 1880 hasta el peronismo –comprendido como república de masas-. Un cierto proceso social –dado por la preeminencia de ciertos grupos- define el pasaje de un momento a otro.

Halperín Donghi en el capítulo “Crisis del orden neocolonial” del libro que mencionamos, parte de un acontecimiento: la crisis de 1930, la depresión económica que “reveló la fragilidad del orden mundial al que Latinoamérica había buscado tan afanosamente incorporarse”. En ese contexto cada uno de los países deberá generar estrategias productivas y cambios políticos. Cuando Romero plantea la idea de ciudades masificadas se está refiriendo, precisamente, al tipo de urbanización que se desarrolla desde esa crisis, que modifica claramente el perfil social de las naciones latinoamericanas. Gino Germani

planteará que en Argentina se produce una suerte de movilización total de la población, por medio de migraciones internas y urbanización intensa, generando problemas de integración política y social de esos sectores. Esta coincidencia en que alrededor de los años treinta se produce una transformación fundamental de las sociedades de la región, que constituirían sus rasgos predominantes durante el resto del siglo XX, nos permite proponer como período central a estudiar en la formación de profesores el que va desde 1930 a 1990.

## 1.2. Procesos fundamentales. El por qué de la selección.

Eric Hobsbawm presentaba su *Historia del siglo XX* cuando éste contaba sus últimos tramos. Llamó al siglo XX “la era de los extremos” y lo consideraba un siglo corto, que comenzaba con la Primera Guerra Mundial y concluía con la caída del Muro de Berlín. Partía de narrar su desazón frente a la pérdida de la “memoria histórica” en las sociedades finiseculares: “La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven”. Habitar el puro presente no es más que una de las dimensiones de las profundas transformaciones que atraviesan a las sociedades contemporáneas. Reconocer esas modificaciones, prestarles atención, es a la vez pensar el presente y restañar mecanismos de transmisión de lo atravesado por las sociedades.

En América latina esas mutaciones tuvieron características singulares, como siempre ocurre, modos propios de realización. Incluso, las décadas en las que transcurrieron modificaciones fortísimas fueron momentos en que la cuestión de la memoria tuvo un rol central de debates políticos, de expresiones artísticas y como objeto historiográfico. Esta situación, marcada por la coexistencia del despliegue de modos sociales constituidos sobre un puro presente y el pasado como objeto político, teórico, historiográfico y estético, se debió, fundamentalmente, a los efectos de la última ola de dictaduras en la región. No deja de ser paradójica esa coexistencia y obliga a tomar uno y otro aspecto de la cuestión en la búsqueda de explicaciones y en la aproximación a la historia.

¿Qué recorrido hacer por la historia social de la región, capaz de interpelar el interés de los estudiantes y coadyuvar a la comprensión de la realidad en la que desarrollan sus vidas? Recorridos capaces de comprender las transformaciones de los lazos sociales, de las formas de estructuración social, de las relaciones económicas; recorridos atentos a la constitución de actores sociales y de distintas lógicas de acción colectiva; recorridos centrados en las modificaciones institucionales, en la relación del Estado con la sociedad. Ya hemos señalado la falta de estudios históricos generales sobre la región en las últimas décadas, por lo que cualquiera de esos recorridos debe constituirse sobre aproximaciones parciales, estudios de procesos nacionales, aunque puedan derivarse de ellos hipótesis más generales.

Tres recorridos pensamos aquí. Uno, más centrado en las modificaciones económico-productivas, que va desde la industrialización por sustitución de importaciones a las reformas de libre mercado. Son dinámicas económicas, pero es claro que tienen efectos sociales y que se ligan con transformaciones



culturales y políticas. Alrededor de ese hilo se pueden desplegar una serie de problemas y dimensiones.

El segundo recorrido plantea el seguimiento de las lógicas de acción colectiva y la constitución de actores sociales. La relación entre las clases y su interpelación política; la relación entre los grupos con el Estado; la construcción de la legitimidad estatal a partir de ciertos vínculos con las clases sociales. De los sindicatos a los nuevos movimientos sociales, la acción colectiva fue mutando sus formas y también su contenido representativo.

Finalmente, el tercer recorrido haría foco sobre el aspecto político institucional, sobre la sucesión de lógicas democráticas e instancias dictatoriales a lo largo del siglo XX. Es claro que en Argentina la fecha de 1930 funciona como umbral para un ciclo que supuso tanta reincidencia como saltos cualitativos respecto de esa misma reiteración. El análisis desde la perspectiva de la articulación política permite desplegar, también, la pregunta por el conflicto entre sectores sociales y la confrontación pública. También el análisis de la emergencia de un problema ligado al pasado reciente como es el despliegue de los discursos y políticas de la memoria.

### 1.3. De las sociedades de industrialización por sustitución de importaciones a las reformas de libre mercado

El tipo de sociedades que se desarrollaron a mediados del siglo pasado fue profundamente modificado en las últimas décadas. Es sencillo situar los procesos económicos vinculados a uno y otro momento pero están lejos de agotarse en las relaciones ligadas a la producción o al sistema financiero, porque se trata de modificaciones completas de las relaciones sociales, de los lazos entre sujetos, del enlace entre la ley, el Estado y las personas. La industrialización de varios de los países latinoamericanos, en general ligada a la necesidad de sustituir las mercancías que no se podían importar por el deterioro de los precios de las materias primas, generó a mediados del siglo XX una nueva realidad social: por un lado el crecimiento de las ciudades –la urbanización de la población latinoamericana por la vía de fuertes corrientes migratorias– y la emergencia de nuevos vínculos políticos y de derechos sociales.

El desarrollo de la industria liviana, orientada a la producción de bienes para el mercado interno, junto con el deterioro de la producción primaria, genera una profunda desigualdad entre zonas dentro del mismo país. La segunda guerra mundial acentúa estos procesos que van a tener expresión visible en la transformación de las ciudades y en la explosión demográfica: “Lima se hace una ciudad india y mestiza; en México crecen no sólo los centros de la nueva industria sino también ciudades de provincia en las que existen posibilidades ocupacionales muy limitadas; en el Brasil, también la burocrática Río de Janeiro, y en el norte Recife, la capital económica del estancado y sobrepoblado nordeste; en la Argentina, donde la estructura agraria pampeana –más moderna– ofrece un sobrante de población más limitado, son las provincias marginales –del noroeste, de la Mesopotamia– las que comienzan por ofrecer emigrantes a los centros urbanos en expansión.” (Halperín Donghi, 1969: 366).

Como puede leerse en esa cita, la época aúna situaciones regionales heterogéneas que sin embargo comparten ese modo de inserción en el orden mundial que no desconoce las tendencias dominantes hacia la articulación de Estados benefactores para salir de la situación de crisis.

Las paradojas y contradicciones que abrían estos procesos quedaron inscriptas en las obras de arte, las discusiones intelectuales y también en los análisis historiográficos. Por ejemplo, en el film argentino *Detrás de un largo muro* en el que se tematiza críticamente la migración del campo a la ciudad, como pasaje de un orden rural moral a un espacio urbano signado por los contrastes, la polarización social y la corrosión delictiva de las relaciones interpersonales. Ese traslado, en el relato de la película, está marcado por la crisis de la producción rural pero también por las promesas demagógicas de los gobernantes. El trasfondo político de la película es el cuestionamiento a lo que el peronismo expresaba como reorganización de la Argentina.

Otra imagen apareció en la literatura, como inversa y complementaria de esta idealización del mundo de la provincia y del campo: la imagen de la invasión de la ciudad por parte de un conjunto de personas que carecen de los hábitos culturales necesarios para hacer un uso adecuado de ella. El cuento “La banda de alpargatas” de Julio Cortázar sitúa un narrador que sostiene esa mirada de desdén y crítica respecto de los que son recién llegados a los usos y costumbres de la cultura urbana. Y el impacto deja huellas, incluso, en la historiografía, ya que José Luis Romero considera que esas migraciones acarrearán una situación de anomia antes que valorar lo que probablemente fuera la incorporación de otras normas diferentes a las que los sectores ya urbanizados cultivaban.

Es que las sociedades latinoamericanas, que eran estructuralmente agrarias hasta mediados del siglo pasado, describieron un proceso de urbanización sin precedentes.

En los años treinta y cuarenta, las migraciones internas hacia las ciudades modificaron la fisonomía y los significados sociales y políticos ante la presencia de un otro “desconocido”. Un otro rural, generalmente campesino, muchas veces con una lengua “distinta” y unos patrones culturales “extraños”. Frente a la pauperización de las economías rurales, la gente se volcó a las ciudades. Si ese proceso era lento y casi imperceptible en los años veinte, luego de la crisis pasó a ser un fenómeno colectivo y estructural. Las ciudades se tiñeron de olores y colores intensos, de comidas y músicas diversas.

Además del impacto cultural sobre esas ciudades “europeas”, los migrantes eran pobres. Expulsados de sus minifundios, de las haciendas o plantaciones, los migrantes internos buscaban en las ciudades trabajo, oportunidades, ascenso social. Traían consigo las ilusiones de trabajo y progreso que las oligarquías habían forjado sobre los centros urbanos y pretendían participar de sus beneficios. ¿De qué realidades laborales venían? En Chile todavía existía el inquilinaje, en México aún había peones acasillados, en Bolivia pongos, en Perú yanaconas, en Ecuador huasipungos, en Brasil, aún perduraban distintas formas de colonato.

“Rotos”, “pelados”, huasipungos, cholos, “cabecitas negras”, “caipiras” rodearon unas ciudades que quizás no podían albergarlos como fuerza de trabajo, pero prometían un presente menos dramático que el lugar de donde provenían. Las ciudades eran el lugar del poder y las masas pugnarían por trabajo y derechos. Favelas, callampas, vecindades, pueblos jóvenes, villas miserias, cantegriles parecían brotar “como hongos” (es ése el crudo significado de la palabra “callampa”) en los cordones de las ciudades de Río, Santiago, Lima, Buenos Aires, Montevideo; y en poco tiempo, formaron parte inescindible de ellas.

El incremento de la población urbana fue casi geométrico. Las ciudades se extendieron geográficamente hacia pueblos o “suburbios” circundantes.

Por ejemplo, en la popular tonada “Si vas para Chile” se habla de un pueblito chico, íntimo, que tiene casas bajas y un sauce, y si uno pregunta por la amada de quien escribe la canción, la encuentra. El pueblito se llama “Las Condes”, sigue diciendo la canción escrita en los años cuarenta, y hoy es un barrio residencial de Santiago, eje comercial, financiero y turístico del área metropolitana. Probablemente si uno pregunta por la amada, sería casi imposible dar con ella.

La ciudad de México creció desde los años cincuenta a razón de 36 metros cuadrados diarios. Si en 1940 ocupaba 11.783 hectáreas, en 1988, 125.000. El Distrito Federal se ha extendido sobre todo el valle de México. ¿Cómo surgen las vecindades? Según Carlos Monsiváis “a un terreno baldío acuden 20 o 30 familias que se instalan como pueden en chozas precarias a las que por cariño les dicen casa, con piso de tierra y paredes de cartón. El líder les exige dinero para tratar con las autoridades, los colonos entregan lo que pueden, el líder va con el funcionario y le grita recordándole los derechos del pueblo [...] y el tiempo pasa y si no hay desalojos violentos, 20 o 30 años después han conseguido una o dos escuelas, una iglesia [...] agua potable, luz eléctrica y algún otro atributo urbano.”<sup>1</sup>

Estas “ciudades de campesinos”, como las llamó Bryan Roberts, generaron extrañamiento pero también demandas sociales y respuestas de parte del poder. Además, el movimiento obrero organizado precedentemente, cuya dominancia eran las ideas anarquistas, anarcosindicalistas o comunistas, dejaba atrás su “fase heroica” e ingresaba en lo que Francisco Zapata llama “fase institucional” de articulación con el Estado.<sup>2</sup> La consolidación del sindicalismo tanto como representante de los trabajadores en el sistema de relaciones industriales como en el sistema político fue un centro gravitatorio de las formas de hacer política del período.

Esta presencia masiva, generó respuestas desde el poder político. El Estado cobró protagonismo, expandió sus funciones económicas volviéndose empresario e interviniendo tanto en la economía como en la sociedad; en algún sentido se nacionalizó. Ya que ¿puede considerarse un Estado oligárquico como Estado nacional? Es una buena pregunta para definir problemas y para establecer comparaciones.

Por otra parte, esa presencia del movimiento obrero, se hizo sentir en aquellas situaciones donde la economía estaba basada en producciones primarias ligadas a la minería o a la hacienda. En Bolivia, tras la guerra del Chaco, obreros y campesinos se articularon en un proceso de movilización que culminaría en la revolución nacionalista de 1952, y que re-fundaría a Bolivia como un estado nacional, capaz de incluir capas más amplias de la población que en su historia anterior.

Interrumpida por crisis, golpes, rupturas institucionales, rebeliones, la historia latinoamericana desde la década del 30 hasta 1970 tuvo una cierta continuidad: la de una organización social que con matices y diferencias se sostenía sobre la inclusión por medio del empleo, la ampliación del mercado interno, y el otorgamiento de derechos sociales y políticos.

Las sociedades de mediados del siglo XX estaban constituidas alrededor del trabajo. Los derechos sociales –desde la salud a las vacaciones– estuvieron ligados a la inserción laboral. El modelo de industrialización, con sus altibajos, funcionaba con fuertes grados de inclusión social. Pero fue asolado por recurrentes crisis y el último intento de afianzarlo fue el desarrollismo en los años 60. El desarrollismo

<sup>1</sup> Monsiváis, C. (1993), “México: ciudad del apocalipsis a plazos”, en Heck, M. (coord.), *Grandes metrópolis de América. México*. México: Fundación Memorial de América latina.

<sup>2</sup> Zapata, F. (1997), *Ideología y política en América latina*, México: El Colegio de México, p. 70.

intentaba profundizar la industrialización, en el marco de una situación regional signada por las políticas norteamericanas de la Alianza para el Progreso, que intentaba generar mejoras en las vidas de las capas populares latinoamericanas para evitar su radicalización política.

La palabra “desarrollo” se planteó como alternativa a la idea de mero crecimiento. Un optimismo modernizador animó las políticas dirigidas a quebrar el subdesarrollo.

Por entonces el subdesarrollo se concebía como una etapa inferior, anterior e inmadura al desarrollo que podía sortearse creando condiciones adecuadas para el “despegue” económico (*take off*). Esa concepción relacionaba casi causalmente desarrollo económico y modernización política, social e institucional, midiendo esa modernización bajo los estándares de los países industrializados. Las políticas económicas de varios países de la región fueron alentadas por estos presupuestos desarrollistas. Probablemente, el lema del gobierno de Juscelino Kubitschek que era hacer crecer al Brasil “cincuenta años en cinco” y la creación de Brasilia en el planalto sean símbolos muy representativos.

La llamada “Teoría de la Dependencia” discutió esa idea de desarrollo. Fue una de las intervenciones teóricas más importantes en la historia de las ciencias sociales de la región. No es posible desplegar aquí la intensidad y diversidad de las argumentaciones y polémicas de las escuelas de la dependencia, plural obligado ya que incluso el nombre fue recusado explícitamente. Según Theotônio Dos Santos, el nuevo abordaje se basaba en cuatro rasgos: la relación funcional entre el subdesarrollo y la expansión de los países industrializados; el desarrollo y el subdesarrollo como aspectos diferentes del mismo proceso universal; la recusación del subdesarrollo como la condición primera para un proceso evolucionista; la dependencia no solamente explicada como un fenómeno externo sino que articulaba diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política).<sup>3</sup>

En los años 70, y a partir de la crisis del petróleo, comienza en toda la región una serie de transformaciones que liberalizan los mercados y tienen profundos efectos sociales. Esas medidas que se dieron en contextos de dictaduras, impuestas con mecanismos represivos, fueron profundizadas en las décadas siguientes hasta destruir los fundamentos del modelo anterior. Se modificaron las funciones del Estado, se instauraron lógicas privadas en la gestión de los servicios públicos, se enajenaron los recursos naturales, se produjo una concentración inédita de la economía y la actividad industrial fue menoscabada frente al rédito del capital financiero. Apareció como fenómeno el desempleo estructural y se acentuó la desigualdad en la apropiación de la renta social.

La economía de mercado interno, como fue la del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, requería del círculo trabajo, derechos y consumo. La economía trasnacional del neoliberalismo puede funcionar con amplios niveles de exclusión, aunque ello crea nuevos problemas: por ejemplo, el despliegue de redes económicas informales (como la del narcotráfico o la de las producciones clandestinas) y formas de violencia social extendidas. Las ciudades también se modificaron en función de la apropiación y gestión privadas de los espacios públicos.

Las reformas de libre mercado produjeron nuevos actores sociales y una conflictividad que no fue organizada en los cauces de la representación política tradicional. Es necesario analizar esos procesos en

<sup>3</sup> Dos Santos, T. (1998), “La teoría de la dependencia; un balance histórico y teórico”, en: López Segrera, Francisco (ed.), *Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotônio Dos Santos*. Caracas, Venezuela: UNESCO.

sus múltiples dimensiones: en lo que hace al Estado, al mercado, a la economía, a la relación entre clases y grupos, al tipo de organización y demandas de los movimientos sociales.<sup>4</sup>

## 1.4. Estado y movimientos sociales

José Luis Romero llamó a ese momento urbano las “ciudades de masas”, nombrando no sólo el crecimiento brusco de las urbes –con los efectos sobre la vida cotidiana en ellas- sino también la aparición de las masas como actores de la vida política.

Dicha emergencia fue pensada con la categoría de populismo, en la que se incluían desde el cardenismo en México al varguismo en Brasil o al peronismo en Argentina. Como otras, esta categoría tiene un uso hermenéutico en las ciencias sociales –construye una tipología de regímenes políticos- y un uso diferente, cargado de valoraciones negativas, en la opinión mediática. El filósofo Ernesto Laclau produjo una de las más profundas revisiones de la noción considerando como populismo todos los momentos de expansión democrática de los derechos sociales y políticos, los momentos de incorporación y reconocimiento de nuevos sujetos.<sup>5</sup> Definido así resulta casi sinónimo de democracia, por lo cual se debilita su uso específico: el de nombrar algunos regímenes que planteaban la ampliación de derechos, la movilización de las masas y liderazgos fuertes. Es posible analizar los populismos latinoamericanos como expresión regional de una transformación más general producida por la crisis de los años 30: el desarrollo de un modelo de Estado benefactor. Pensar al populismo de esos modos –como tipología de las ciencias sociales y con relación a un fenómeno que excede a América latina- permitiría comprender las semejanzas entre procesos que tienen un origen muy diferente. También posibilitaría considerar otros modos analíticos respecto del peronismo en Argentina. Por ejemplo, la relación entre derechos, democracia e inclusión. Por ejemplo, en general los populismos fueron antiliberales; sin embargo, en muchos casos ampliaron la ciudadanía política, considerada en los estrictos marcos de la democracia liberal, extendiendo el voto (por ejemplo hacia las mujeres) o accediendo al poder por medio de políticas electorales saneadas y competitivas. Por caso, Lázaro Cárdenas en México inaugura el sexenio –como período de gobierno– y con él la estabilidad de la sucesión presidencial; Juan Domingo Perón asume el poder luego de un golpe de estado, pero llega a la presidencia de la república en las elecciones más limpias y competitivas desde las de 1928 que llevaron a Yrigoyen a su segundo mandato; Getulio Vargas incorpora el voto obrero en las elecciones de 1950.

El peronismo es un objeto privilegiado de las discusiones de las ciencias sociales en nuestro país y también de la historiografía. Se ha analizado su vínculo con la Iglesia (Lila Caimari), su producción de símbolos y ritualidad (Mariano Plotkin), la paradójica existencia de disciplina e insumisión (Daniel James), la relación con las organizaciones previas del movimiento obrero.

A mediados del siglo XX la importancia de las organizaciones obreras fue evidente en su capacidad de encauzar la movilización política de las masas. Las potentes imágenes callejeras que se asocian a los

<sup>4</sup> Por ejemplo, se puede contraponer el caso argentino con la situación boliviana, sobre la cual ya se dispone de mucha bibliografía, analizando en ambos países los contextos de aplicación de las reformas de libre mercado, los conflictos políticos que ellas originaron y los efectos producidos en la trama social –tanto respecto de la emergencia de nuevos problemas como de la relación de apropiación del excedente entre los distintos grupos sociales-. Para enfatizar el cambio en su aspecto de emergencia de una economía informal y redes de ilegalidad, se puede trabajar desde una perspectiva urbana, por ejemplo con películas como los filmes brasileños *Casi hermanos* o *Ciudad de Dios*.

<sup>5</sup> Laclau, E. (2005), *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

distintos populismos son inseparables de la capacidad de los sindicatos de interpelar y encuadrar a los trabajadores. La capacidad organizativa y reivindicativa a veces estuvo asociada a la burocratización de estructuras y liderazgos y la emergencia de fuertes disidencias internas.

En los años 60 se desarrolla, en algunos países de la región, un movimiento contracultural en parte ligado a los estudiantes universitarios. Juan Carlos Torre sostiene que “la historia política de la Argentina después de la caída de Perón está dominada por las vicisitudes de las juventudes de los sectores medios. Si en los '40 y principios de los '50 es la historia de los trabajadores la vía de entrada de las transformaciones políticas del país, después de 1955 la novedad hay que buscarla en otra dirección.”<sup>6</sup> Entre la revolución cubana –en 1959- y el Mayo Francés de 1968 se desplegaron fuertes incitaciones a considerar la cuestión generacional como disposición juvenil a la rebelión. En México el movimiento estudiantil recibiría las notas más trágicas en la masacre de Tlatelolco, en 1968. “¡A formar el Partido de la Juventud!”, decían las pancartas del '68 mexicano: “Nuestro movimiento no es una algarada estudiantil [...]. Nuestra causa es conocimiento militante, crítico, que impugna, refuta, transforma y revoluciona la realidad”. Y la frase remite al fraternal sentimiento de las juventudes denuncia listas, tanto como el ecuménico “prohibido prohibir”. Las conclusiones probablemente eran distintas. Por caso, la fotografía de diarios y revistas (producto de la modernización de los medios gráficos del período) mostraba a unos jóvenes (y unas jóvenes) con “jeans” y cabellos largos y sueltos, en las ciudades, tomando las universidades y frecuentemente enfrentándose con la policía en calles obstruidas por sus barricadas improvisadas. Era una fuerte identificación, tanto como el grafiti, un género tan efímero como indeleble.

Mientras los movimientos sociales de los 40 y 50 encauzaban sus demandas a un Estado reconocido como legítimo, en los 60 se hacen más visibles los movimientos que confrontan la institucionalidad estatal, que demandan menos el otorgamiento de un derecho que el derecho a la rebelión. Y se podría decir que las distintas organizaciones se definen no sólo por el tipo de sector social al que representan sino también por la adscripción a un programa político. Este momento es especialmente prolífico en producciones culturales, en intervenciones artístico-políticas. Por ejemplo, surgieron los colectivos de cine político (Cine liberación, Cinema Novo, Cine de las bases), que produjeron obras fundamentales como *La hora de los hornos* o la revisión de la situación sindical que plantea Raymundo Gleyzer en *Los traidores*.

Los años sesenta concibieron a la región como colectivo plural. El ensayo, la filosofía, la sociología o las artes sugirieron categorías, imágenes, metáforas y símbolos endógenos a la vez que ecuménicos que espejaban la siempre difícil búsqueda de la fisonomía de esta parte del mundo. Y más gente quería verse en ese espejo. Los lectores mexicanos, argentinos, peruanos o chilenos se reconocían en ese espacio político y sensible. La poesía, la canción popular y el cine reforzaban la idea. “Me gustan los estudiantes”, cantaba Violeta Parra y no sólo en Chile gustaban los estudiantes. Daniel Viglietti instaba “A desalambrar, a desalambrar”, por la reforma agraria, un tema central del período.

Sociedades con fuerte peso en la producción agrícola, vieron nacer también sindicatos rurales, ligas campesinas, organizaciones reivindicativas de los trabajadores del campo. Las ligas campesinas en Brasil, el sindicato de cañeros en Uruguay o las ligas rurales en Argentina son ejemplos de ese desarrollo de

<sup>6</sup> Entrevista de Roy Hora y Javier Trímboli, en *Pensar la Argentina* (1994), Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

<sup>7</sup> Manifiesto a la Nación del Consejo Nacional de Huelga, 1 de septiembre de 1968.

un activismo social que tendría vínculos, además, con las organizaciones políticas insurgentes.

Las editoriales reflejaban esa vocación continental. Es interesante la trayectoria de la Editorial Universitaria de Buenos Aires. EUDEBA se creó por iniciativa del entonces rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, como parte del proceso de modernización y actualización universitaria. El rector encargó el diseño de la empresa a una referencia insoslayable de la edición latinoamericana: Arnaldo Orfila Reynal, quien estuvo a cargo del Fondo de Cultura Económica de México y después fundaría la editorial Siglo XXI. EUDEBA estuvo a cargo de Boris Spivacoff, que después de la desgraciada “Noche de los Bastones Largos” (1966), inédita represión sobre las universidades de la dictadura de Juan Carlos Onganía, fundó el Centro Editor de América latina, y el “América latina” del título no era caprichoso. En una Argentina generalmente poco familiarizada con la región, el CEAL editó una *Historia de América latina* en fascículos, de enorme popularidad, que se vendía a precios muy accesibles en los kioscos de diarios. Un público masivo por primera vez leía nombres e historias acerca de Pancho Villa, Emiliano Zapata, Camilo Torres (el de la independencia), Luis Emilio Recabarren, Luis Carlos Prestes o Getulio Vargas. Otro tanto las revistas: la cubana *Casa de las Américas* o la uruguaya *Marcha*, y centenares más, que enhebraron un colectivo de relaciones estrechas en el campo intelectual.

Inequívocamente, los años sesenta latinoamericanos comienzan en enero de 1959. La revolución era una obsesión que recorría “las venas abiertas” de América latina. Sin embargo, y más allá de los imaginarios de la década, tan fuertemente ligados, quizás no sin razones de peso, a la creatividad, el inconformismo, la protesta y la insurrección de las izquierdas, la palabra *revolución* inundó a la totalidad de los actores sociales. Pero no exclusivamente quería decir socialismo. “Picos y palas para una revolución sin balas”, era el lema de la experiencia desarrollista de la Acción Popular en Perú; “Revolución en Libertad”, la de la Democracia Cristiana en Chile; “Revolución Peruana”, la de Velasco Alvarado; y pero también el dictador Juan Carlos Onganía llamó “Revolución Argentina” al golpe de Estado de junio de 1966.

Los golpes de Estado y las prácticas represivas en los países de la región modificaron fuertemente el escenario, y en los años 80 la escena estuvo hegemonizada por movimientos y grupos que tomaban como centro la defensa de los derechos humanos frente a las agresiones estatales. Surgió durante esos años la categoría de nuevos movimientos sociales para considerar a las organizaciones que aparecían más abocadas a demandas de un sector que a la reinscripción de esas demandas en un programa político partidario. Fue vista como una transformación profunda de las lógicas de la acción colectiva. José Nun bautizó a esa emergencia como “la rebelión del coro”.

En Brasil se desplegó el Movimiento de los Sin Tierra. La capacidad organizativa, la innovadora concepción de la autonomía, el desarrollo de asentamientos autorregulados y el radio de acción del MST lo convirtió en la organización más significativa de las últimas décadas. A mediados de los años 90, en México, surgió el movimiento que más incidencia tuvo en la producción de discurso y reflexión política de toda la región, más allá de su efectiva composición numérica: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. El EZLN, organización de las comunidades indígenas de origen maya de la zona de Chiapas, provocó una serie de intervenciones que pusieron en entredicho el tipo de vínculo que los movimientos sociales tenían con el poder estatal. Si los movimientos de los años 60 se habían caracterizado por una insurrección contra el Estado que se veía a sí misma como parte de la lucha por el poder, el EZLN –y tras él un conjunto de movimientos sociales- planteará la separación de la lucha en la sociedad civil respecto

de la toma del poder. Los movimientos de desocupados que se desplegaron en los años 90 en Argentina tuvieron esta cuestión en el centro de sus discusiones.

El mapa que queda delineado a comienzos del siglo XXI es de una gran complejidad, que se puede percibir en el decurso de un gobierno indígena, surgido de los movimientos sociales, como el de Evo Morales en Bolivia. El abigarrado mundo de la acción colectiva requiere una serie de preguntas: ¿qué vínculo se plantean las distintas organizaciones frente al Estado?; ¿cómo conciben y despliegan la relación con el ámbito de la política partidaria o de las ideologías políticas?; ¿qué sectores sociales aparecen como centro de esas organizaciones?; ¿qué tipo de participación suponen?

## 1.5. Democracias y dictaduras

La primacía de unos u otros actores se liga a los procesos sociales y económicos, pero también su lógica es inseparable de los cambios institucionales. La región atravesó una fuerte inestabilidad a lo largo del siglo XX. Los golpes de estado se sucedieron en los distintos países con la excepción de México que desde la década del 1920 vivió bajo la hegemonía electoral del PRI (Partido Revolucionario Institucional) y de la identificación entre ese partido y el Estado.

Las Fuerzas Armadas tomaron el poder en Brasil (1964-1985), en Bolivia (con un breve interregno constitucional, desde 1964 hasta 1982), en Uruguay (1973-1985), en Chile (1973-1990) y en Argentina (1976-1983). La Operación Cóndor, plan secreto que coordinó tareas de inteligencia, persecución y asesinatos de opositores a las dictaduras realizadas por organismos represivos de las seis dictaduras las unió tras objetivos muy concretos. Las dictaduras militares en el Cono Sur construyeron su legitimidad apelando a la Doctrina de la Seguridad Nacional, para “extirpar” (el lenguaje quirúrgico es muy frecuente en sus discursos) al “marxismo ateo internacional” y la subversión atentatoria de los “reales y genuinos principios de la nación”.

La *desaparición* de personas, el asesinato, la tortura, la cárcel prolongada, la apropiación de niños nacidos en cautiverio en campos clandestinos de detención, fueron parte de las metodologías del terror. La cultura y la política eran los vectores más peligrosos de la “infiltración” marxista. Así también se proscribieron y quemaron ideas, en todos sus soportes, pretendiendo borrar la memoria de los colectivos sociales y la historia de sus luchas.

Los golpes crean un estado de excepción respecto de las leyes fundamentales y de las instituciones; y desconocen la legitimidad política surgida de los mecanismos electorales. Lo que caracteriza a la democracia es funcionar sobre un principio de legitimidad provista por el voto de las mayorías. Es decir, que la obediencia social esté sustentada más en la creencia respecto de las instituciones legítimas que en el temor a la represión de las acciones. En este sentido, más allá de las discusiones que pueda merecer la extensión y profundidad de la democracia, es claro que se distingue de las dictaduras porque éstas, al suprimir aquel principio de legitimidad reclaman la obediencia por la fuerza. Las dictaduras aparecen como regímenes de facto, de excepción y de supresión de libertades civiles. Por ello han tenido efectos profundos sobre la trama social, al modificar la vida cotidiana, las prácticas habituales y las conductas políticas.

No todas las dictaduras tuvieron las mismas estrategias de intervención sobre la sociedad civil: el análisis comparativo entre la dictadura argentina de 1976-1983 y las distintas etapas de la dictadura brasileña entre 1964 y 1985 evidencia formas muy diferentes en la organización de la represión, en el nivel de sofocamiento de la vida pública y en la planificación económica; en un caso de aplicación de reformas de libre mercado, en el otro de signo desarrollista. El caso argentino resulta singular por el desarrollo de una lógica concentracionaria de la represión, que tuvo efectos capilares sobre la sociedad. El campo de concentración, escribe Pilar Calveiro, es “una modalidad represiva específica. No hay campos de concentración en todas las sociedades. Hay muchos poderes asesinos, casi se podría afirmar que todos los son en algún sentido. Pero *no todos los poderes son concentracionarios*.”<sup>8</sup>

Desde el fin de las dictaduras, y en algunos países en particular –como Argentina o Chile- se sucedieron distintos tipos de investigaciones históricas respecto de lo que había sucedido.

Hoy asistimos a una verdadera explosión memorialística sobre las dictaduras en el Cono Sur. Las artes, la historia, la impresionante producción de literatura testimonial, dan cuenta de ese pasado traumático aún en proceso de elaboración, con distintos tiempos, sin embargo, con comunes objetivos. En ese sentido fueron muy importantes las *Comisiones de Verdad*. Auspiciadas por los Estados democráticos, en los últimos veinticinco años tuvieron como objetivo dar una respuesta a las organizaciones de víctimas, la investigación sobre las metodologías de la represión y la condena pública a las prácticas desarrolladas durante las dictaduras, ofreciendo también formas reparatorias o compensatorias. Es el caso del *Informe “Nunca Más”* de la *Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas en Argentina* (CONADEP, 1984); del *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, que presidió Raúl Rettig (1991) y el *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura* encabezada por el Obispo auxiliar emérito de Santiago, Sergio Valech (2004), en Chile; del *Informe de la Comisión para la Paz* (2002) y más reciente *Informe sobre detenidos-desaparecidos en Uruguay* (2007). Pasos de una larga transición hacia el conocimiento de las metodologías y objetivos de las dictaduras.

Existe también una renovada sensibilidad social por recuperar esa memoria colectiva de las ideas y símbolos culturales reprimidos. Quizás por eso el Estadio Nacional de Fútbol en Santiago de Chile, que el 11 de septiembre de 1973 se convirtió en una enorme cárcel, centro de torturas y asesinatos, hoy lleve el nombre del músico Víctor Jara.

Es clara la dimensión ético-política del tema, y también los debates que acarreó la definición misma de la pertinencia de la historia reciente. En este plano es que la cuestión de la memoria se fue convirtiendo en un eje central, al tiempo que se expandieron las investigaciones sobre el conflicto político y las fuerzas insurreccionales de los años 70.

En Argentina se desarrolló en los últimos años una fuerte apuesta editorial que tomaba como tema los años 70. Fue pionero en esa tendencia el libro *La voluntad*, de Anguita y Caparrós, y se podría decir que alcanza su punto más alto con el éxito de la revista *Lucha armada* ya en el siglo XXI. Concurren en esa tendencia distintas editoriales y también distintos tipos de abordaje: historiográficos, políticos, testimoniales. El cine y la literatura también tomaron los años 70 como objeto fundamental. En ese sentido, se podría decir que son lo que este presente construye como pasado.

Tulio Halperín Donghi señalaba que, en los años 80, películas como *Camila*, obras de teatro como *La mala sangre*, una novela como *Respiración artificial* apelaban a la época de Rosas como fuerza alegórica y metafórica para comprender los hechos cruentos del presente. En ese sentido, señala que “el presente transforma al pasado”.<sup>9</sup> Eso, que cada presente hace, pone en tensión el lugar de la historia, que es reclamada, cada vez, como guardiana y auxiliar de los sentidos en juego.

## 2. Algunos conceptos para pensar América latina

Es un rasgo notable y de larga duración, la ausencia del estudio y la consideración de América latina en la formación educativa. La enseñanza de la historia en los países latinoamericanos en general y en Argentina particularmente considerada se ha caracterizado por el énfasis en los procesos políticos y estatistas, el reforzamiento de los valores nacionales –incluso nacionalistas- que resaltan las singularidades cuando no las “excepcionalidades” de cada país en el contexto regional. A esto se suma una interpretación europeocéntrica de los valores culturales, las ideas y las ideologías y un peso importante del estudio de los procesos de la denominada *Historia Mundial* (reducida a la *Historia Europea*) en los programas de estudio.

La reflexión sobre América latina supone no pocas dificultades. En principio la propia existencia del objeto es problemática. Desde la ensayística y desde las ciencias sociales ha habido tenaces defensores de la idea de una comunidad de intereses regionales –incluso, de destinos- tan enfáticos como los detractores de la misma.

Además, lo anterior debe cruzarse con los momentos de producción de las interpretaciones sobre la región. En determinadas circunstancias históricas las preguntas sobre América latina afloran con intensidad (por caso: las independencias, la primera posguerra, los años sesenta). En otros, los Estados naciones se ponen en el centro del interés, momentos en los cuales la pertenencia regional se desdibuja o desaparece (el proceso de constitución de los Estados en el siglo XIX, el “desarrollo hacia adentro” posterior a la crisis de 1930, la “década perdida”, entre otros).

No menor es la complejidad que se abre al considerar la inserción de la región en el contexto mundial. ¿Es América latina (y el Caribe) un “extremo” de Occidente? ¿Es “otro Occidente”? “Modernización sin modernidad”, “la originalidad de la copia”, “arcaización de lo moderno y modernización de lo arcaico”, “desarrollos desiguales y combinados”, “tiempos mixtos y superpuestos”. Estas frases mestizas (y podrían reproducirse por centenares porque pueblan los mejores intentos de comprender estas realidades) en su ambivalencia o, mejor, en su condición paradójica, son maneras de abordar sociedades polifónicas, multívocas y bastante renuentes a la disciplina de las categorías analíticas acabadas o cristalizadas.

Esto ha sido capturado de distintas maneras. El antropólogo mexicano Roger Bartra representa la

<sup>8</sup> Calveiro, P. (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires: Colihue, p. 98.

<sup>9</sup> Halperín Donghi, T. (1998), *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Sudamericana.

cuestión con la figura del axolotl. El *axolotl* no es un símbolo, sino un anfibio muy real de una curiosa naturaleza dual: larva- salamandra que debería metamorfosearse -conforme la evolución de las especies- decididamente en salamandra. Sin embargo, esta especie transparente, a la que se le ve su interior, tercamente reproduce su “primitivismo”. Se trata del hermano de Quetzalcoatl, dios de la sabiduría para los aztecas, y una curiosidad para Humboldt, que se lo lleva en su expedición y no puede encasillarlo en sus taxonomías. Símbolo de los surrealistas y protagonista de un cuento de Cortázar. Bartra nos dice que las metáforas acerca del axolotl tienden a agrupar los polos que simbolizan el teatro de las ciencias sociales cuando abordan la región: un sujeto activo, dinámico, metáfora del cambio, de la transformación; y otro, pasivo, oculto, melancólico y estático, en general incomprensible. Esta dualidad metamorfosis-melancolía simboliza una larga cadena de polaridades: occidente/oriente; civilización/barbarie, revolución/inmovilidad; ciudad/campo; obreros/campesinos; razón/emoción. América latina ha sido considerada en función de alguno de estos polos, o de ambos. Sin embargo, “tal vez encontremos que también lo animal se encuentra en lo divino y lo occidental en el salvaje.”<sup>10</sup>

Desde los comienzos de la modernidad las representaciones de esta parte del mundo marcaron la “desviación” de América latina bajo el imperio de los “sub” o los “pre” (subdesarrollo, precapitalismo). En casos se subrayaba la inmadurez, en otros, la grandilocuencia. Bolívar definía la región por medio de dos negaciones “no somos indios, no somos españoles”. El problema del multiculturalismo y la multietnicidad de las sociedades latinoamericanas se problematizó a lo largo del siglo XX. Para algunos las “taras” de las sociedades latinoamericanas para absorber la modernidad estaban en su constitución racial. La generación de posguerra discutió con vehemencia el determinismo biológico de sus predecesores. Mestizajes, “razas cósmicas”, crisoles, no sólo no obstruían la modernización de las sociedades sino que eran la representación de su vitalidad, su originalidad y sus posibilidades. Los años veinte generan un conjunto de interpretaciones fundacionales de la modernidad latinoamericana considerada globalmente. Una continentalidad filiada al primer liberalismo de las generaciones independentistas, al antiimperialismo y a la revolución. Desde la literatura y la ensayística, campesinos, obreros, negros, entran en el campo de sus reflexiones.

Como señaláramos antes, esa fue una década en que se pensó América latina en términos de unidad. La otra fueron los años sesenta: la revolución continental, el “hombre nuevo”, la “teoría de la dependencia”, el realismo mágico. Desde la política, la estética, los movimientos sociales y políticos, se impuso fuertemente la idea de una comunidad de destinos y futuros.

América latina además de ser una región, en ciertos momentos se convierte en un objeto de reflexión, en un interrogante o en el nombre de una identidad. Para los hombres y mujeres de principios del siglo XIX esa pregunta provenía de la experiencia política de la ruptura de lazos coloniales. En la década del veinte del siglo siguiente, los movimientos juveniles reformistas, los exilios y las vanguardias artísticas volvieron a colocar la identidad latinoamericana como necesidad, proyecto y problema. La revolución cubana y los movimientos de liberación nacional inauguraron otro redescubrimiento de América. ¿Qué caracteriza en el actual momento la pregunta por la identidad latinoamericana? ¿Con qué procesos se liga? ¿Cómo se piensa desde Argentina la existencia de Latinoamérica?

En las páginas que siguen proponemos una reflexión acerca de conceptos e imágenes relevantes para

<sup>10</sup> Bartra, Roger (1987), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México: Enlace-Grijalbo.

la comprensión de la historia de la región y también de su complejo presente. El territorio a interpretar requiere innovaciones conceptuales, alertas críticas, suspensión de clasificaciones maniqueas y una concurrencia de disciplinas del conocimiento. No están esas tareas al alcance de este trabajo pero sí la travesía por algunas ideas presentes en las ciencias sociales, la historia, la literatura y el ensayo latinoamericano que pueden ser revisitadas productivamente.

## 2.1. Insistencia en la condición histórica de los fenómenos

Cuando se piensa en la formación de formadores no se puede obviar la dimensión ético-política de la tarea. Por eso nuestra insistencia en la necesidad de plantear conceptos que funcionen como herramientas críticas respecto de valoraciones que aunque estén descartadas del mundo de las ciencias sociales y humanas persisten en el sentido común y no dejan de intervenir en la enseñanza de esas disciplinas. El estudio de la historia es un campo fértil para el desarrollo de esa criticidad necesaria: porque mientras el pensamiento cotidiano tiende a naturalizar los fenómenos sociales, la historia obliga a la reflexión y atención sobre su finitud y su vínculo con la agencia humana.

Esa condición hay que aprovecharla poniendo especial cuidado en el uso de los términos de acuerdo a la efectiva existencia de los fenómenos que nombran. La palabra “nación”, por ejemplo, es uno de los más problemáticos, como puede verse en la historiografía respecto del siglo XIX.

El carácter crítico de la historiografía reside en su potencia de producir cierto tipo de conocimientos, no en la inversión de relatos. Es menos formativo el supuesto develamiento de lógicas ocultas o hechos clandestinos que el desarrollo de nociones capaces de aprehender el modo en que grupos sociales desplegaron ciertos procesos. La idea de historia y contrahistoria, poética o políticamente poderosas, reducen la cuestión a relatos confrontados, menoscabando el impacto ético de las herramientas cognoscitivas. Por ejemplo, un análisis como el que propone el historiador John Womack<sup>11</sup> sobre la participación campesina durante la revolución mexicana es una fuente de información y de reflexión poderosas que se confrontan con los estereotipos sobre el mundo rural, porque reconstruye los procedimientos organizativos, las discusiones ideológicas y los planes estratégicos del zapatismo, evitando la idealización romántica o el desdén desconocimiento que habitan en la imagen de un campesinado puramente intuitivo y manipulable.

Estas herramientas pueden provenir de la historiografía, de la sociología, de la antropología, del ensayo y de la literatura. Se trata de hallar los conceptos más potentes para plantear el conocimiento de las sociedades latinoamericanas.

## 2.2. Revisando: civilización y barbarie

Algunas ideas dominantes durante el siglo XIX siguen habitando los modos inmediatos del conocer y las interpretaciones de la historia de la región. Ideas como la de progreso lineal, que haría que todas las sociedades atravesaran las mismas etapas a fin de arribar al desarrollo o la contraposición entre

<sup>11</sup> Womack, J. (1996), *Zapata y la revolución mexicana*, Nauvalpan, México: Siglo XXI.

civilización y barbarie otorgando uno y otro nombre de acuerdo a la cercanía con los modos de vida europeos ya no son consideradas con la misma rigidez que entonces. Sin embargo, y aun evidentes en su inadecuación, persisten en interpretaciones y valoraciones.

Las sociedades latinoamericanas se emanciparon del lazo político colonial durante el siglo XIX, pero persistió en ellas parte de la herencia de la colonia: los prejuicios de casta, las jerarquías basadas en la diferencia étnica, una idea excluyente de derechos políticos. En algunos momentos esa organización se resquebrajó por la lógica misma de la lucha independentista, que construyó sistemas de alianzas y movilización de fuerzas sociales que alteraban la división social preexistente: son conocidos el acuerdo de Simón Bolívar y el gobierno de Haití con relación a la abolición de la esclavitud o los efectos de la constitución de ejércitos rurales en el Río de la Plata. Pero así como experiencias e ideas igualitaristas surgieron de aquellos combates, también ocurrió que la guerra civil extendida en la región dio lugar a interpretaciones críticas de esos valores.

Sarmiento escribió uno de los textos fundamentales del siglo XIX y en su subtítulo enunció una contraposición de largo alcance y extensa vida: civilización y barbarie. Dos sociedades, dirá, y dos culturas opuestas se hallan en guerra. Los ejércitos populares que habían creado las elites independentistas eran una amenaza sin precedentes al orden civilizatorio. El conflicto podría ser menos cruento pero no menos persistente. Sarmiento escribe un cierto miedo acerca de lo informe y poco predecible de la vida popular, pero ese miedo ya había sido despertado en México por las insurgencias de Hidalgo y Morelos, y antes aún, por la radicalidad del ejemplo haitiano.

En el *Facundo*, civilización y barbarie tienen una inscripción espacial –ciudad y campo- pero fundamentalmente nombran distintos tiempos: el del futuro no realizado aún en las tierras latinoamericanas y el del insistente pasado. Se entiende esa contraposición sólo si se piensa en una temporalidad unificada alrededor de la evolución y el progreso. El adjetivo usual, y supuestamente menos valorativo, “atrasado”, requiere el mismo supuesto. No se debe olvidar la fuerte presencia de esa idea de progreso en el pensamiento crítico de los tiempos del *Facundo*. De hecho, el *Manifiesto comunista*, escrito en 1848, hace gala de creencias semejantes.

Medio siglo después, Euclides Da Cunha apelaba a las mismas categorías para narrar una rebelión mesiánica en el nordeste de Brasil. En *Los sertones* relata la historia de los seguidores de Antonio el Conselheiro que fundan una comunidad en Canudos. Varios años tarda el ejército federal de San Pablo –el ejército de la República y de la promisoría economía del café- en derrotar a los miles de comuneros creyentes acusados de monárquicos. Da Cunha comienza distinguiendo en el ejército moderno la civilización y en los desarraigados campesinos la barbarie. Pero el relato histórico, la cercanía con los hechos y el final cruento lo obligan a una revisión no planificada: la barbarie no estaba en Canudos. Pocos años antes, Lucio V. Mansilla, en su *Excursión a los indios ranqueles*, ejercía la misma sospecha sobre la posibilidad de escindir, tajantemente, civilización y barbarie usando este término para considerar la vida en las tolдерías.

Esto es: desde el principio las categorías se ligaron a la legitimación de las jerarquías sociales y al miedo de las situaciones en las que éstas aparecen desbordadas y también casi desde el vamos fueron puestas bajo sospecha o relativizadas. El discurso de las ciencias, el positivismo reinante a fines del siglo XIX,

con sus fuertes elites en México y en Brasil, proveería de argumentos contra esas relativizaciones pero no lograría abolir las dudas. *Los sertones* sigue siendo un gran ejemplo para ver esa tensión entre argumentación positivista y una descripción que obliga al escritor a revisar los supuestos.

La dicotomía es inadecuada y conllevó pautas valorativas usadas como argumento para la exclusión y la sumisión. Pero como la historia de su uso no es lineal ni homogénea, seguir los cambios que la atravesaron, los conflictos sociales en los que fue utilizada, las resignificaciones que mereció, permitiría hacer una historia de las interpretaciones de la región. Aquí apenas hemos mencionado algunas.

### 2.3. La heterogeneidad temporal

El otro aspecto relevante a considerar alrededor de ella es la cuestión del tiempo histórico: porque si se puede considerar la idea de evolución progresiva como error, y más aun cuando se convierte en medida de valoración de las sociedades, también es posible leer en la confrontación entre civilización y barbarie la afirmación de que en una región coexisten tiempos diversos.

El reconocimiento de la convivencia de concepciones distintas del tiempo y de temporalidades diferentes en las comunidades humanas, es fundamental para comprender las diferencias culturales en América latina. Las sociedades de la región fueron conformadas sobre el conflicto, la sumisión, la asimilación, entre grupos sociales distintos –en principio, entre los pueblos originarios de la región y los conquistadores europeos, y luego con la trata de esclavos y las migraciones voluntarias-, y en ellas persisten cosmovisiones y sistemas de creencias distintas. La temporalidad aymara y la cristiana occidental son diferentes, como son las expresadas en el mundo maya y las de las culturas afroamericanas.

En otro sentido es útil el concepto de coexistencia de tiempos diversos, en cuanto alude a la contemporaneidad de relaciones sociales distintivas de distintas épocas y permite analizar la heterogeneidad estructural –como lo denominó Tilman Evers- de las formaciones sociales latinoamericanas. Dos casos pueden permitir comprender esta articulación de lo heterogéneo. Uno: el desarrollo de las plantaciones azucareras en el Caribe y en Brasil a partir de trabajo esclavo pero con una lógica de inserción en el mercado mundial propiamente capitalista. Si esto se analiza con la idea de tiempo lineal, en la que las sociedades irían recorriendo etapas diversas, se pensaría el trabajo esclavo como rémora de un momento anterior y no como un tipo de gestión de la fuerza de trabajo para posibilitar la acumulación de capital. Otro: la composición económica en un territorio nacional entre lógicas de producción campesinas comunitarias, haciendas que recurren al trabajo servil y una economía basada en el salario o en migrantes reducidos a la servidumbre, como ocurre en Perú entre fines del siglo XIX y principios del XX. José Carlos Mariátegui pensó esta composición con la idea de dos regiones contrapuestas étnica, cultural, social y económicamente: la costa y la sierra.<sup>12</sup> Se podrían analizar, también, con la idea de que una formación social no se corresponde con un modelo analítico diferenciado (por ejemplo: modo de producción esclavista, o feudal o capitalista) sino que se desarrolla históricamente con singularidades y matices respecto de los modelos.

Analizar las formaciones sociales latinoamericanas requiere prestar mucha atención a los modos en que se despliega su realidad concreta. Por eso, no todos los conceptos son adecuados. Así por ejemplo,

<sup>12</sup> Mariátegui, J. C. (1928). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima: Amauta.

el sociólogo brasileño Florestán Fernández, reflexionando sobre las especificidades latinoamericanas afirmaba que en la región en oportunidades se “arcaizaba lo moderno” y se “modernizaba lo arcaico” y esos movimientos convivían y se reforzaban. Aquellos que suponen una linealidad de etapas, o arrastran una valoración que ya está demasiado presente en el lenguaje cotidiano, deben ser considerados sólo como objetos de una deconstrucción crítica y no como herramientas de comprensión de la historia de estas sociedades.

Las categorías derivadas de una concepción unilineal del tiempo, que supone etapas o grados de desarrollo, son de las más complejas de desarmar por su relevancia en la definición de lo deseable para las sociedades. María Teresa Findji analiza la ausencia de la población indígena contemporánea en los libros de textos colombianos: “todos los matices de la ideología nacional colombiana coincidían, pues, en jugar –en lengua castellana– con la asociación de palabras: ‘indio’=pasado y pasado=‘atraso’. Los ‘indios’ de hoy, vivientes exponentes de la situación colonial, no existían, no podían existir en la contemporaneidad.”<sup>13</sup>

## 2.4. Singularidad o exotismo. Particularismo y universalismo.

Muchos de los conceptos utilizados para comprender las sociedades de la región son vehículos de prejuicios etnocéntricos o eurocéntricos, incluso cuando intentan reconocer la diversidad que efectivamente constituye a Latinoamérica. El antropólogo boliviano Xavier Albó cuestiona la persistencia de una colonialidad del saber: unas ciencias sociales constituidas alrededor de categorías que legitiman el poder de unos grupos sobre otros y la dependencia de América respecto de la teoría europea. Una anécdota puede servir para pensar esto: Darcy Ribeiro, antropólogo fundamental del Brasil, visita a Claude Lévi-Strauss, también antropólogo que escribió uno de sus libros más bellos –*Tristes trópicos*– como relato de un viaje por el país de Ribeiro. Lévi-Strauss elogia el trabajo de campo de su colega. Cuando éste le plantea objeciones a sus categorías teóricas, el intelectual francés responde: “*Ah, non, monsieur: la théorie... c’est a nous*” –“Ah, no señor, la teoría... nos corresponde”–.<sup>14</sup> No se trata sólo de cómo Europa atribuye límites o carencias al nuevo continente, sino también qué se festeja en él, y cómo esas ideas que subyacen a críticas y elogios recorren los modos en que las sociedades latinoamericanas se piensan e identifican a sí mismas. El éxito del realismo mágico, el llamado boom de la literatura latinoamericana, puede ser analizado en ese plano: en el reconocimiento de una singularidad cultural de la región respecto de Europa, la existencia de un conjunto de creencias y de un anclaje no histórico de la historia que sancionaban enfáticamente un afuera respecto de la razón y de la ciencia. Una gran literatura tuvo éxito no sólo por sus indudables méritos sino también porque venía a confirmar ciertos estereotipos. Entre ellos, el de culturas sensibles para el arte pero incapaces para la ciencia.

Es relevante el esfuerzo que hicieron los movimientos de vanguardia americanos durante los años veinte para desarmar esas contraposiciones que acotaban la heterogeneidad cultural a una sola de sus

dimensiones o afluentes. Los grupos argentinos, mexicanos, brasileños, peruanos, compartieron una doble intersección: la de articular lo más viejo y lo más nuevo –buceando en las culturas indígenas motivos artísticos, prácticas sociales y sistemas de creencias pero disponiéndolos con la imaginación vanguardista del futuro– y la de pensar el conflicto y la alianza entre lo nacional y lo universal. El movimiento antropófago en Brasil liderado por Oswald de Andrade, por ejemplo, pensó la relación con Europa a partir de la idea de deglución y de digestión, pero también de expulsión de aquello que resulta residual. La autonomía de las culturas latinoamericanas no se pensaba entonces como renuncia a la teoría, el saber o el arte europeos sino como una asimilación brusca y gozosa, como una traducción libre y liberadora. El gesto de las vanguardias no define un concepto pero sí un tipo de atención a ser recuperada para analizar los procesos históricos de la región: una atención que no descansa en polarizaciones excluyentes (pasado/futuro, América/Europa, exotismo/adaptación) sino en la pregunta por cómo se articulan tiempos, espacios y conceptos.

## 2.5. Pensar lo múltiple

Las sociedades latinoamericanas no pueden pensarse sin ese diálogo con las culturas europeas: porque fueron conquistadas por países del Viejo continente, porque parte de sus poblaciones tienen origen europeo, porque resultan del mestizaje y la hibridación –y decir esto no es suprimir el carácter conflictivo de esos procesos–. La recuperación y la valoración de las poblaciones indígenas a veces invierten el antiguo etnocentrismo colonial planteando que aquellas tendrían una mayor autenticidad a la hora de representar lo latinoamericano. Esta idea no es menos errónea que los intentos de constituir naciones excluyendo a las poblaciones originarias. Porque si América latina es un nombre parcial –no todos los grupos humanos que habitan la región provienen del tronco latino– la denominación *Abya Yala*<sup>15</sup> también lo es porque nombra a un momento previo a las numerosas corrientes migratorias libres y esclavas que recibió América. El análisis crítico es necesario en uno y otro caso, para evitar sustituir una idea unidimensional por otra que también lo es. Cualquiera de esos nombres puede usarse a condición de evitar el olvido sobre su carácter convencional y que su abstracción no aplane la condición real de estas sociedades: la multiethnicidad, el plurilingüismo, la multiculturalidad.

El antropólogo cubano Fernando Ortiz (2002), en su Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar, desarrolló la noción de transculturación para analizar las transformaciones y resignificaciones de las palabras, creencias, usos y costumbres originarios de un grupo social cuando éste se encuentra con otros, cuando migra el grupo, los individuos o los objetos que eran usados de modos establecidos. La situación originada por las conquistas europeas del territorio latinoamericano y caribeño fue de transculturación. Porque el concepto nombra fenómenos que son a la vez de destrucción de rasgos culturales y de adopción de otros, de resignificación y de sincretismo o mestizaje. El escritor peruano José María Arguedas desplegó ese concepto tanto en su obra antropológica como en la narrativa, para poder dar cuenta de sociedades nacionales no unificadas por la lengua, la cultura y la etnia, pero que sí atravesaron y atraviesan procesos de mestizaje e hibridación. Arguedas se pensó como traductor

<sup>13</sup> Findji, M. T. (1991), “Movimiento indígena y ‘recuperación’ de la historia”, en AAVV, *Latinoamérica: Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*, Buenos Aires: Alianza editorial.

<sup>14</sup> Grüner, E., *La oscuridad y las luces. El fin de las pequeñas historias (II): Esclavitud afroamericana, revolución haitiana, eurocentrismo y pensamiento crítico* (en prensa).

<sup>15</sup> *Abya Yala* es el nombre dado al continente americano por la etnia Kuna de Panamá y Colombia antes de la llegada de Cristóbal Colón y los europeos. Aparentemente, el nombre también fue adoptado por otras etnias americanas, como los antiguos mayas. Hoy, diferentes representantes de etnias indígenas insisten en su uso para referirse al continente, en vez del término “América”. Quiere decir “tierra madura”, o según algunos “tierra viva” o “tierra en florecimiento”.



entre el universo cultural de los indios y el criollo: en su literatura construyó una lengua basada en la oral gramática quechua pero con términos españoles. Pensó que la gramática era el vehículo de una cosmovisión y que el uso de palabras del castellano era una necesidad para interpelar al lector criollo.

Ezequiel Martínez Estrada (1983), en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, planteó la idea de frontera, como espacio social, económico y cultural, en el que la confrontación entre grupos y legalidades diversas es una de sus dimensiones, pero la otra es la imbricación y adopción mutua de procedimientos. Él analiza la frontera con el indio en el siglo XIX en el territorio actualmente argentino y halla que prácticas como la del malón y la de la apelación a la ley eran compartidas por los grupos en conflicto y en negociación. Tal idea de frontera puede ser una herramienta hermenéutica no sólo para tratar los lindes entre naciones sino para analizar procesos diferentes en América latina, prestando especial atención a las dimensiones de movilidad, hibridación y conflicto.

Conceptos de este tipo permiten abordar el estudio de sociedades que continúan signadas por la coexistencia de grupos diversos y en las que perviven prejuicios respecto del valor de unas y otras culturas. Es importante apelar a nociones que no diluyan la multiplicidad en una tolerancia homogeneizadora ni operen sobre la distinción de culturas legítimas e ilegítimas o grupos con derecho y grupos sin derecho.

### 3. La historia social y lo social en la historia. Temporalidades, colectivos, conflictos y diálogos.

“Porque soy historiador, amo la vida”, escribía el historiador francés Marc Bloch, en un texto sabio acerca del oficio de hacer la historia. Escrito en condiciones muy comprometidas: sin su biblioteca, clandestino, enrolado en la resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial, es un libro clásico de la reflexión sobre la Historia Social y leído hoy, un testimonio intelectual y moral de un historiador comprometido con su tiempo.<sup>16</sup> Sus textos respiran temporalidades, conflictos, dominaciones y subalternidades, las formas de ejercicio del poder, las intencionalidades de los sujetos y sus traducciones. Se tratara del poder sanador que la cultura popular en la Edad Media le adjudicaba a los “Reyes Taumaturgos”, de los campesinos feudales o de la derrota del antifascismo europeo frente al avance del totalitarismo.

Medio siglo después, Andreas Huyssen reflexiona acerca de la relación con el pasado, la historia y la memoria en las sociedades contemporáneas: “*el giro hacia la memoria y hacia el pasado conlleva una enorme paradoja. Cada vez más, los críticos acusan a la cultura de la memoria contemporánea de amnesia, de anestesia u obnubilación. Le reprochan su falta de capacidad para recordar y lamentan la falta de conciencia histórica. La acusación de amnesia viene envuelta invariablemente de una crítica a los medios, cuando son precisamente esos medios (desde la prensa y la TV hasta los CD-ROM e internet) los que día a día nos dan acceso a cada vez más memoria. ¿Qué sucedería si ambas observaciones fueran ciertas, si el boom de la*

<sup>16</sup> Bloch, M. (1982), *Introducción a la Historia*, México: FCE [varias ediciones].

*memoria fuera inevitablemente acompañado por un boom del olvido?”<sup>17</sup>*

Lo sabemos, el pasado puede reconstruirse y reelaborarse de distintas maneras: desde el arte, desde la literatura, desde el cine. También desde el relato testimonial o periodístico. Nadie tiene el “monopolio legítimo” de la representación del pasado. Ni ahora ni en todas las culturas, ni a lo largo del tiempo. La reproducción de las sociedades se realiza a través de símbolos, que no necesariamente tienen que ver con la escritura ni han tenido que ver ella, desde las pinturas rupestres para acá.

La historia, con sus cánones y sus genealogías, tiene la palabra escrita en su *episteme* desde su fundación. Y no es una mala fundación. La historia ya era uno de los saberes de los griegos y como disciplina se institucionalizó en el siglo XIX, en estrecha relación con esta necesidad de fortalecimiento, cuando no de justificación del estado-nación. La Historia Social, tan tempranamente instalada en nuestro país como práctica profesional, ya tiene más de medio siglo y desde entonces ha sido debatida, discutida (muchos dicen superada), como otros tantos continentes teóricos luego de la denominada “crisis de los grandes relatos”. En las últimas décadas ha dialogado con otras disciplinas y ha puesto en cuestión sus soportes, sus temporalidades, su narrativa, su alcance.

Nos proponemos revisar muy brevemente algunas formas de construcción de la historia, los sentidos que animaban la reconstrucción del pasado a través de determinados presupuestos interpretativos, en algunos contextos, y recuperar algunas preguntas que cobran sentido en sus circunstancias de producción y pueden ser hoy objeto de reflexión.

#### 3.1. La historia positivista y la construcción de los relatos nacionales

Aleccionar, narrar “lo que realmente ocurrió”, comprender, explicar, incluso juzgar. Verbos que han estado o están asociados a responder la pregunta acerca de los sentidos y las misiones de la historia, en distintas épocas y a partir de diferentes miradas.

La historia recortó disciplinariamente sus incumbencias y métodos en el siglo XIX, al compás de la consolidación de los Estados-naciones modernos europeos. Así como el siglo XIX suele llamarse el siglo de la creación de las naciones, también se llama “el siglo de la Historia”. Y ambos procesos guardan relación entre sí. El Estado creó archivos públicos, institutos educativos, academias y por la vía de la educación, estimuló los estudios que contribuyeran a dotar un conjunto de imágenes de cohesión de esas “comunidades imaginadas” que son las naciones.

Se pensaba entonces, que de existir todos los documentos, la historia se podía escribir objetiva y casi definitivamente, con “verdad” e “imparcialidad”. Por otra parte, *el largo Siglo XIX* estaba animado por un conjunto de sólidas e incuestionables convicciones culturales: progreso, civilización, ciencia, razón, luces, conocimiento secularizado. La ideología positivista animaba todas las empresas del conocimiento. El paradigma científico de las ciencias naturales se trasladó a las ciencias humanas. Datos, objetividad, clasificación, observación, jerarquización y elaboración de regularidades o leyes, dominaron una forma de hacer y pensar la historia que tuvo una dilatada vigencia.

<sup>17</sup> Huyssen, A. (2002), *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: FCE, p.22.

Criterios como la objetividad, los documentos escritos como fuentes casi excluyentes de la historia, la crítica documental, codificaron a la historia. La consideración de los datos como externos u objetivos, su ordenamiento cronológico, evolutivo y causal, poblaron las formas de narrar el pasado. En verdad, somos hablados por esa tradición más de lo que reconocemos. ¿Cuántas veces nos hemos preguntado por la objetividad en la historia en esos términos? ¿Y cuántas otras hemos hablado de “causas y consecuencias” en un proceso histórico?

En relación con lo anterior esta historiografía tenía como motor y finalidad la justificación y legitimidad del Estado-nación, lo que llevó a privilegiar temas tales como los grandes hombres, las batallas, el Estado.

En América latina, los historiadores de mediados del siglo XIX y comienzos del XX formaban parte de las reducidas elites ilustradas, de la “ciudad letrada”, como la llamó Ángel Rama. Generalmente compartían la escritura de la historia con el ejercicio de las leyes, la política o la actividad militar. Sin embargo, la historia respondía a las mismas directrices antes mencionadas, quizás con un sesgo más romántico en las obras de mediados del siglo XIX que sus pares europeas pero exacerbando aún más la teleología de la formación de unos Estados en ciernes luego de las independencias. Es decir, suponiendo o afirmando que los Estados estaban prefigurados desde el momento mismo de la ruptura colonial. Esos relatos fundaban la nación más en contra de su pasado que a partir de él. De alguna manera el sujeto liberal que animaba las producciones pugnaba por hacer entrar en el universalismo abstracto (que entonces era casi sinónimo de “europeo”) esos Estados sin naciones o esas repúblicas sin ciudadanos. Salvo excepciones (en México donde la historiografía recogió algunos símbolos de continuidad del orden colonial como el culto a la Virgen de Guadalupe), la historia comenzaba a partir de las independencias. Las culturas de los pueblos originarios eran omitidas cuando no directamente denostadas.

Otro rasgo era la preponderancia de la historia político-militar y la biografía de los grandes hombres. El brasileño Januário da Cunha Barbosa, fundador del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (1838), consideraba que conocer la biografía de todos los hombres destacados de cualquier período era conocer la historia de esa época. Otro fundador de los estudios históricos en Brasil, Francisco Varnhagen no sólo reafirmó esa sentencia sino que no ocultó su desprecio por la vil população. Para el historiador, la historia del Brasil era la historia de la Corte de Braganza. Otro ejemplo es el de Bartolomé Mitre y sus dos obras principales: *la Historia de Belgrano y la independencia argentina* (1854-1857) y *la Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (1887-1890). En Chile, Diego Barros Arana (*Historia General de Chile – 1866/1882*) escribió que si la historia no ofrecía hombres modelos, la obligación del historiador era crearlos.

Este culto a la narración biográfico-moralizante e ilustrada, llevó a los historiadores a soslayar la participación de las clases subalternas en los procesos históricos, incluso a valorar negativamente sus liderazgos. Un ejemplo en el Río de la Plata es el de José Gervasio de Artigas. No debemos pensar que no existían polémicas entre las distintas miradas históricas aun en el cerrado campo de la historiografía positivista. Por la interpretación, por la documentación utilizada o por las divisiones políticas. Hubo muchas y encendidas polémicas: la del liberal Luis María Mora y el conservador Lucas Alamán acerca de la participación campesina en la independencia de México, o en Argentina entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Sin embargo estos últimos coincidían en un punto. Mitre le escribía a López: “Casi tenemos la misma predilección por los grandes hombres y la misma repulsión por los bárbaros creado-

res de problemas como Artigas, al cual hemos sepultado históricamente”.

Otra marca compartida era la función cívico-pedagógica adjudicada a la historia. Por ejemplo, Bartolomé Mitre en sus *Estudios históricos sobre la Revolución Argentina. Belgrano y Güemes*, publicado en 1864, declaraba haber escrito el libro “para despertar el sentimiento de la nacionalidad argentina amortiguado entonces por la división de los pueblos”. Varnhagen [1906] explicaba: “busqué inspiraciones de patriotismo e intenté ir disciplinando productivamente ciertas ideas sueltas de nacionalidad”. Su contemporáneo, Francisco Bauzá en la obra *Historia de la dominación española en el Uruguay* (1880-1882) confesaba: “si me he atrevido a emprender la tarea es por instinto patriótico.”<sup>18</sup>

Estos presupuestos permearon fuertemente la construcción del relato de los orígenes de los Estados y las naciones latinoamericanas. Ese relato enfatizaba la existencia previa de una comunidad con personalidad nacional o un avanzado proceso de formación de la misma antes de las independencias, que prefiguraba casi fatalmente los Estados tal como hoy los conocemos. Como señaló José Carlos Chiaramonte<sup>19</sup>, eso fue el fruto de la voluntad nacionalizadora de los historiadores del siglo pasado, pero no de la dinámica histórica en esa construcción, fruto de conflictos, proyectos contrapuestos, actores con distintos intereses, fronteras mucho menos definidas, que desde hace unas décadas la historiografía ha complejizado con nuevas preguntas y otros sentidos, que seguramente se reactualizarán de cara al bicentenario de las revoluciones de la independencia.

### 3.2. La Historia social en la escena del siglo XX

La Primera Guerra Mundial clausuró el “largo siglo XIX”. Las ideas rectoras del largo siglo XIX se pusieron en tela de juicio: el progreso, la civilización, la racionalidad, la objetividad. Si los “bárbaros” europeos se habían suicidado en una guerra, como escribía no sin desconsuelo José Ingenieros, el carácter de “civilización” podía ser revisado, incluso, invertido. Incluso la noción misma del tiempo. Durante la Gran Guerra Albert Einstein publicó la *Teoría General de la Relatividad*. La noción de relatividad permeó el campo del conocimiento, la filosofía y la estética.

Las vanguardias estéticas expresaron con sus colores, sus palabras y manifiestos ese estado de crisis. Crisis que se profundizó una década después con el crack económico mundial de 1929. La historia también se vio conmovida por esos cambios.

En el campo historiográfico, en el año 1929 se produjo una renovación fundacional en los significados y metodologías de la historia. El año de la gran crisis capitalista, aparecía en Francia el primer número de la Revista *Anales de Historia Económica y Social* dirigida por los historiadores Marc Bloch y Lucien Febvre. La denominada escuela de los Anales transformó fuertemente los sentidos de la historia, el lugar del historiador, el objeto de estudio, incluso algo tan importante como el tratamiento del tiempo histórico, instalando un nuevo paradigma historiográfico.

Este movimiento intelectual e historiográfico criticó explícitamente la historia positivista proponiendo una historia del tejido social en su conjunto. Frente a la historia predominantemente monográfica y

<sup>18</sup> Devoto, F. (2008), “La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay”, en: Altamirano, C., *Historia de los intelectuales en América latina*, Buenos Aires: Katz Editores, p.280.

<sup>19</sup> Chiaramonte, J. C. (1993), “El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana”, *Cuadernos del Instituto Ravignani*, N° 2.

descriptiva, propuso una historia interpretativa y crítica más preocupada por los grupos sociales y los procesos colectivos, es decir, una historia social.

Los historiadores de los Anales impulsaron una historia analítica: “comprender, no juzgar”, como escribió Marc Bloch en ese texto incompleto, bello y profundo, perezosamente traducido como *Introducción a la Historia*. Las revisiones que alentó la escuela de los Anales (que tuvo diversas épocas y también distintas orientaciones hasta la actualidad que no podemos desplegar aquí) atañen a problemas centrales de la construcción historiográfica. Colocaba el objeto de la historia en coordenadas sociales y económicas reemplazando el relato fáctico positivista, proponía superar la ilusión de objetividad del historiador y esa supuesta neutralidad axiológica era reemplazada por un involucramiento ético y político que lo obligaba a reflexionar sobre sus prácticas y métodos.

La Nueva Historia replanteó la relación del historiador y su objeto en varios sentidos. En primera instancia inauguraba una relación nueva entre el pasado y el presente. La historia ya no era concebida como el resultado de unos datos exteriores al historiador sino que desde los datos era construida por éstos. En el ordenamiento, en la selección, incluso en las formas de narración de esos hechos estaba tramada la interpretación del historiador, sus preguntas, las formas de interpelar esos datos. Así la interpretación del pasado dependía en gran medida de los desafíos, los interrogantes incluso angustias del presente más que de la “materia prima” del pasado. Esto marca una gran ruptura que pone de relevancia la responsabilidad y la creatividad del historiador en la construcción histórica. Así, aunque se encontraran todos, absolutamente todos, los documentos del pasado, la historia siempre sería una empresa intelectual incompleta y, sin embargo, el testimonio de una época.

Esa actitud también lleva a ponderar más las preguntas que las respuestas, por eso se requerían marcos teóricos, caminos metodológicos, preguntas más complejas que la causalidad lineal y por ello apeló a otras disciplinas. La historia social dialogó con la geografía, la sociología, la economía, la literatura, la política, el psicoanálisis. Esto guardaba relación con otra manera de pensar los sujetos y predicados de la historia: ya no los “grandes hombres” sino los colectivos y las estructuras en el tiempo.

Fernand Braudel, quien dirigió la revista *Anales* desde 1947, en su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1947) ya desde el título plantea el ángulo de su análisis: el protagonista es el Mediterráneo, no Felipe II. El joven Braudel, durante su estadía en Argelia entre 1923 y 1931, descubrió que “el Mediterráneo, como discurso geográfico, literario e histórico no es producto de una entidad preestablecida y autóctona sino una invención de los hombres [...] los que sufrieron su impacto: el de su clima, el de su espacio cromático, auditivo, olfativo, creado por la intimidad entre la tierra y el mar y por esa soberanía del sol.”<sup>20</sup>

Otro aporte de la Historia Social fue el tratamiento del tiempo. Braudel *inventó* tiempos nuevos en la historia. Presentó una manera de ordenar los acontecimientos en distintas “capas”, ritmos o niveles. Tiempos lentos, morosos, (a veces de siglos), tiempos semilentos y rápidos. La larga duración se correspondía con las interacciones entre el hombre y el medio geográfico (y las larguísimas con las mentalidades y creencias: acaso ¿por cuántos siglos la humanidad pensó que era el sol el que giraba alrededor de la tierra?). La mediana duración era el tiempo de los procesos económicos y sociales, y la

corta duración la historia política y diplomática. A su vez, las temporalidades guardaban correspondencia con las estructuras, las coyunturas y el acontecimiento. La historia social privilegiaba el estudio de las estructuras y las coyunturas, en contraposición con la historia de los acontecimientos, largamente transitada por el campo positivista.

En estos 80 años de la revista *Anales*, ésta ha recorrido distintos itinerarios y orientaciones, que a veces se separaron (cuando no contradijeron) a sus inspiradores iniciales. Nuevos campos temáticos se abrieron como la historia de la vida y la muerte, de la infancia, de la vida cotidiana, de la sociabilidad. Incluso un retorno a la historia política, o mejor, del poder, el género biográfico, las memorias colectivas y los lugares de memoria.

El retorno del sujeto y muchas veces los análisis microhistóricos (tanto temporal como espacialmente considerados) dominaron el campo hasta hace muy poco y no sin voces de crítica por su excesivo desprendimiento de los procesos más globales y explicativos. Sin embargo se puede hacer uso del microscopio sin desechar el telescopio, como afirmó Eric Hobsbawm. En este sentido el libro de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos* (1976), nos habla de muchas más cosas que del proceso judicial por herejía de la Inquisición al campesino Menocchio en el siglo XVI. El trabajo, que dialoga explícitamente con la antropología y es un excepcional ejercicio de interpretación sobre fuentes judiciales, nos acerca a los imaginarios de la cultura popular y sus modos de pensar el orden de las cosas, las subjetividades, las redes de relaciones.

El movimiento de renovación historiográfica de la segunda mitad del siglo XX se complementa (a los efectos de este quizás demasiado rápido viaje por la historiografía) con los aportes del marxismo inglés. El paisaje de la segunda posguerra está atravesado por reflexiones sobre la redefinición de la economía capitalista, la planificación, el Estado de Bienestar, la inclusión, y también la Guerra Fría. En esas coordenadas el inglés Maurice Dobb publicó en 1946 *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Este estudio instaló un tema que se volvería clásico y muy importante en América latina: la transición del feudalismo al capitalismo. La teoría endógena de Dobb redefinía el concepto de modo de producción y explicaba el surgimiento del capitalismo a partir de las contradicciones en el interior de la economía feudal. Los planteos de Dobb generaron un campo problemático relevante, respuestas, polémicas y estudios. El más importante fue la respuesta de Paul Sweezy, para quien las causas externas (el comercio internacional, la circulación) eran los procesos que más habían contribuido a la erosión del orden feudal y el surgimiento del capitalismo. Este debate fue muy trabajado en América latina, en las décadas de 1960 y 1970. ¿América latina era feudal o capitalista? Demasiado rápidamente enunciado: para algunos, que enfatizaban los factores externos, es decir la circulación, América latina se había integrado al mercado mundial desde el momento mismo de la llegada de Colón. Si, en cambio, se atendía a la producción, las relaciones sociales, las formas de tenencia de la tierra, conservaba residuos “feudales”, lo que definía a las formaciones sociales de la región como sociedades duales.

Aportes muy importantes en el campo historiográfico fueron las obras de los marxistas ingleses Eric Hobsbawm y Eduard P. Thompson. La “historia desde abajo”, la historia de la “gente sin historia”, se impuso para estos historiadores como un proyecto intelectual y político. Más que una atención sectorial implicó una gran democratización de los sujetos de la historia.

El marxismo inglés revisó las sobredeterminaciones mecánicas entre “estructura” y “superestructura”,

<sup>20</sup> Gemelli, Giuliana (2005), *Fernand Braudel*, Granada: Editorial de la Universidad de Granada.

el concepto de clase social, las formas de resistencia y protesta de los sujetos sociales, las formas de conciencia, las identidades que se conformaban en el conflicto (“¿puede haber lucha de clases sin clases?”; la clase social ¿es una categoría analítica o histórica?). Una obra fundamental que se convirtió casi en un paradigma de la historia social fue *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) de E. P. Thompson. Uno de los aportes más importantes fue la noción de “experiencia” para definir las clases sociales, sobre todo la clase obrera. Sin abandonar la perspectiva marxista y materialista, para Thompson las clases sociales no surgían mecánicamente de su posición “material”, sino que eran un fenómeno histórico en el que la experiencia y la conciencia gravitaban tanto o más que las “condiciones objetivas”.

Desafortunadamente no contamos con una obra que condense de manera integral los alcances y debates de la Historia Social en América latina. Existen excelentes balances por países pero no un análisis de conjunto. No pretendemos ni podemos llenar este vacío. Señalaremos algunas tendencias generales a partir de los años sesenta, sobre todo el diálogo de la historia con las ciencias sociales, la consideración de América latina como colectivo y las tendencias temáticas y metodológicas de la nueva historiografía.

Como señalamos antes, los sesenta son años de crítica a las precedencias y de búsqueda de alternativas libertarias. Tiempos de innovación, compromiso, transformaciones y expectativas. América latina describió un proceso de modernización, en el que la modernización misma se puso en el centro del debate. La posguerra expandió las clases medias, aumentando los niveles de escolarización, lo que llevó a un ensanchamiento del mercado de bienes culturales y un acelerado proceso de educación formal e informal. La radicalización de sectores obreros, estudiantiles y de clase media, también va acompañada de la proliferación de revistas culturales y políticas, activas divulgadores de ideas y creadores de una cultura que ampliaba sus horizontes temáticos, teóricos y geográficos.

En la política, la estética, los movimientos sociales y políticos se impuso fuertemente la idea de una comunidad de destinos y futuros. La idea de la revolución cultural, social y política cruzaba la región, sobre todo a partir de la Revolución Cubana.

En ese contexto, las ciencias sociales latinoamericanas a mediados del siglo pasado transitaron un doble movimiento. Por un lado la profesionalización, a partir de la creación de carreras universitarias, centros de investigación, espacios de intercambio académico, revistas culturales y científicas. Por otro, las condiciones sociohistóricas latinoamericanas (la Revolución Cubana y los proyectos revolucionarios y de “liberación nacional”, el Che Guevara y el “compromiso social” de los intelectuales con la revolución) llevó a los científicos sociales a plantear temas fundacionales: el populismo, el desarrollismo, la “teoría de la dependencia”, la revolución (nacional, socialista); es decir, los alcances de la transformación social y el rol de las ciencias sociales en ella. Ese movimiento iba acompañado de una actitud emancipada de las interpretaciones de los centros de poder.

A comienzos de los años 60 el sociólogo Gino Germani impulsó una importante obra de reflexión acerca de lo social que sería fundadora (o refundadora) de la sociología. Germani fue un gran organizador institucional (por ejemplo, creó la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires), un gran divulgador de la teoría sociológica a partir de su tarea editorial y de sus propios escritos. Pero, tan importante como eso, instaló preguntas, temas y problemas que se volverían centrales en la sociología latinoamericana: la transición de las sociedades tradicionales a las modernas, los procesos de urbani-

zación y de migraciones internas, el ingreso de las masas a la política, definiendo los contornos de la sociología profesional.

Uno de los temas más debatidos por la sociología y la historia latinoamericana es y ha sido el populismo. Los estudios de Germani alentaron réplicas teóricas, políticas y también estudios de casos desde la historia: el peronismo en Argentina, el varguismo en Brasil, el cardenismo en México, las relaciones entre el Estado y el movimiento obrero, las formas de liderazgo político, entre otros. Posteriormente fueron revisados desde la historia social a la luz de los trabajos de Thompson que antes nombramos, como es el caso de Daniel James y sus trabajos sobre las formas de resistencia e integración del movimiento obrero en Argentina o los trabajos de John French sobre las formas de participación política de los obreros paulistas en Brasil.<sup>21</sup>

El surgimiento de la historia social en nuestro país guarda relación con este clima de ideas. En 1959 José Luis Romero creó el Centro de Estudios de Historia Social y la cátedra de Historia Social en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, espacios de estudio, actualización y producción que, aunque probablemente en los márgenes del campo historiográfico de entonces, conmovió con el tiempo los presupuestos y prácticas de la historiografía argentina. La obra de José Luis Romero es, a la vez, testimonio de su época y excepcional en la historiografía argentina. El mundo de las ideas entrelazado con sus formas sociales de producción encontró en sus últimas obras una preocupación sostenida por América latina. Sus libros *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana* y sobre todo *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, condensó su mayor desafío como historiador.

Otra vertiente de reflexión sobre América latina desde América latina fue la llamada “Teoría de la dependencia”. Y no es poco importante que las obras hayan surgido de la urgencia de trascender los marcos nacionales. No sólo era una cuestión de perspectiva, sino de asociación muy concreta. Por ejemplo, un trabajo que puede considerarse clásico y fundacional de las ciencias sociales latinoamericanas es *Dependencia y desarrollo en América latina* de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1969), un brasileño y un chileno. Una de las historias económicas de América latina más importantes fue la de Ciro Flamarión Cardoso y Héctor Pérez Brignoli (uno brasileño y otro costarricense).

Los sociólogos de la escuela de la Dependencia proponían una comprensión de lo social que integró las esferas económicas, políticas y culturales, buscando independizarse de las interpretaciones imitativas o deudoras de los centros de poder.

*Dependencia y desarrollo...* propone una interpretación acerca de la economía de América latina desde una perspectiva sociológica tomando en cuenta la historia, las temporalidades y especificidades de la región. Su intención y su resultado es el producto de la interdisciplinariedad. Ellos lo resumieron de esta manera: “las luchas políticas entre grupos y clases, por un lado, y la historia de las estructuras políticas de dominación, internas y externas, por otro. De este modo, nos interesa menos catalogar los acontecimientos que inquirir, a través de ellos, acerca del sentido de las relaciones estructurales básicas y acerca de las fases de desarrollo de éstas en su doble determinación: al nivel interno de los sistemas locales de dominación y en su relación con el orden internacional. Los procesos políticos y económicos aparecen en esta última como si fuesen la expresión de una lucha entre Estados-naciones

<sup>21</sup> Sobre el populismo en América latina y los trabajos citados puede verse Mackinnon, M. y Petrone, M. (1998), *Populismo y neopopulismo en América latina. El problema de la cenicienta*, Buenos Aires: Eudeba.

pero envuelven también conflictos entre grupos y clases sociales.”<sup>22</sup> El gran aporte del trabajo no es sólo el análisis de las situaciones de dependencia y las características del desarrollo sino la explicación de esa situación, es decir, la articulación entre los grupos externos y la dinámica interna de las sociedades latinoamericanas (oligarquías, burguesías).

Esta interpretación y sus réplicas, sobre las relaciones entre “lo externo y lo interno”, las maneras específicas del capitalismo dependiente en América latina, sobre la feudalidad o el desarrollo del capitalismo y sus límites, se reflejaron en los estudios históricos. Una historia que ya no se resignaba a ser “la empiria” o los datos de la teoría y tampoco la recolección de datos positivista. Entonces, la historia económica floreció tanto temática como teóricamente. Lo feudal o capitalista de América latina debía ser probado. El debate acerca de los modos de producción en América latina, convocó a historiadores como Carlos Sempat Assadourian, José Carlos Chiaramonte o Juan Carlos Garavaglia. Una febril y original producción historiográfica se ocupó de reconstruir y analizar las formas de tenencia de la tierra, las relaciones sociales en la hacienda o en la plantación, la esclavitud en América y la relación con la construcción del capitalismo mundial, las formas y relaciones de trabajo (servidumbre, medierías, colonatos), las comunidades campesinas. La “historia desde abajo” reconstruyó obrajes, senzalas, fábricas y también favelas, callampas, cantegriles y villas miserias.

Por ejemplo, el historiador peruano Alberto Flores Galindo en su obra *Buscando un Inca* propone “buscar las vinculaciones entre las ideas, los mitos, los sueños, los objetos y los hombres que los producen y los consumen, viven y se exaltan con ellos. Abandonar el territorio apacible de las ideas desencarnadas, para encontrarse con las luchas y los conflictos, con los hombres en plural, con los grupos y las clases sociales, con los problemas del poder y la violencia en una sociedad”.<sup>23</sup> Lo decisivo de su obra es la vocación por la historia total. “Atacar la realidad desde varios frentes, escudriñar en diversas dimensiones, asumir distintas perspectivas. Obsesivamente ronda la misma pregunta trátase de los mineros de inicios de siglo o de los campesinos de fines del s. XVIII: ¿quiénes son realmente estos hombres?”<sup>24</sup>

Esa pregunta también podía ser respondida desde el estudio de comunidades más pequeñas. La historia regional con “vocación universal”, por ejemplo, revisó las interpretaciones de la Revolución Mexicana y planteó nuevos problemas. Un trabajo clásico y muy original fue el de Luis González, *Pueblo en vilo* (1968). En él reconstruyó la vida del pueblo de San José de Gracia, Michoacán, durante la Revolución. “Ahí está la historia de los alimentos, de la vestimenta, de dormir, de soñar, de amar, de llorar, de asustarse, de volar, de transportarse, de enfermar y sanar, de creer y de no creer, de morir y ser sepultado, de leer y de contar, de escribir y de escuchar”.<sup>25</sup>

Esa historiografía revisionista de la Revolución Mexicana profundizó el análisis de “los de abajo”, nos acercó voces y problemas antes simplificados o no tenidos en cuenta. Por ejemplo John Womack comienza su libro sobre Emiliano Zapata, con la inquietante afirmación: “esta es la historia de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución”. Su investigación explica esa aparente paradoja con un sólido aparato documental y muchas ideas.

México, tierra de albergue para muchos historiadores perseguidos por las dictaduras, fue un centro

<sup>22</sup> Cardoso, F. H. y Faletto, E., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Post scriptum, 1978, México: Siglo XXI editores.

<sup>23</sup> Flores Galindo, A. (1993), *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, México: Grijalbo, p. 17.

<sup>24</sup> Cáceres Valdívía, E. (1993), “Introducción” a Flores Galindo, A., *Obras completas*, Fundación Andina-Sur.

<sup>25</sup> Meyer, J., “Luis González: maestro de la historia”, en *El Universal*, domingo 27 de noviembre de 2005, Cultura, página 2.

de articulación de historias generales y compilaciones sobre América latina, bajo el impulso de Pablo González Casanova (*Historia de medio siglo, Historia política de los campesinos*) o en la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana, la labor de Leopoldo Zea, que intentaban sortear el siempre difícil problema de la circulación de la producción historiográfica latinoamericana.

El campo de la historia hoy ya no tiene un centro único a partir del cual se desprenden las interpretaciones del pasado. De esa vocación por la historia total, se ha pasado a más modestas reconstrucciones del pasado que a veces recuerdan a la historia acontecimental. El historiador mexicano Carlos Aguirre Rojas destaca ese policentrismo que habita hoy la escritura de la historia.<sup>26</sup> Incluso interpretaciones algo exageradas acerca de la narrativa de la historia cuestionaron sus criterios de verdad: ¿el relato histórico es un artefacto ficcional?

Distintas corrientes teóricas y una polifonía temática caracterizan el actual campo de la historia: el regreso del sujeto y el giro lingüístico, las microfísicas del poder, la deconstrucción de los relatos nacionales (esas historias oficiales a las que nos hemos referidos antes). Lo biográfico y subjetivo hoy forma una parte importante de los relatos del pasado. La sexualidad, las mujeres, la vida privada, la enfermedad, las relaciones entre mito e historia.

El campo de estudios de historia reciente ha obligado a replantear la relación entre historia y memoria, y también las fuentes para su reconstrucción (el relato oral, el testimonio).<sup>27</sup> Caleidoscopio temático y metodológico y orfandad de interpretaciones globales al tiempo que una mayor sistematicidad y rigor metodológico, caracterizan el tiempo presente. Y aunque alguien vaticinó el fin de la historia, la historia con sus linajes y sus deudas, con sus orgullos y modestias, parece estar más vital que nunca.

Los recorridos a construir por la historia social deben atender más a la reflexión sobre esos sentidos que a su conversión en argumentos de legitimación de distintas posiciones. “La imaginación histórica, esa compañera indispensable de la verdad que nada tiene que ver con la fantasía o el capricho, es preciso adquirirla en aquellas disciplinas que permiten el conocimiento de los seres humanos, sujetos de la historia como individuos, como clases y como sociedades. Esas disciplinas no son otras que el rigor del estudio y del método, el amor a la vida y la experiencia de la práctica en las luchas sociales donde incesantemente se teje y se desgarran la trama de la historia”.<sup>28</sup> Esfuerzo por la verdad e imaginación histórica para comprender los sentidos del pasado, entonces, son las brújulas para cualquier recorrido posible del siglo XX de la región.

Historia, memoria, identidades, fue y es un juego de espejos que sigue habitándonos, nos interpela y nos identifica colectivamente. Enseñar, aprender, pensar y vivir la historia, nos fortalece como ciudadanos y como personas. El desafío de pensarlos creativamente y críticamente, se renueva cada vez que en nuestras aulas recreamos el pasado desde los conflictos, desde las dudas y sobre todo, desde aquello que no habíamos pensado, eso que –sabemos– nos ocurre frente a las preguntas, sobre todo, las más sencillas.

<sup>26</sup> Aguirre Rojas, C. (2000), *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX*, Rosario: Prohistoria.

<sup>27</sup> Una aproximación a los desafíos del campo puede verse en Franco, M. y Levin, F. (comp.) (2007), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.

<sup>28</sup> Gilly, A. (1998), *La revolución interrumpida*, México: Ediciones Era.

## Bibliografía

### 1. Recorridos para una historia argentina y latinoamericana

Aguirre Rojas, C. (1998), "Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo XX", en: *Correo del Maestro* N° 22, marzo 1998. Disponible en [www.correodelmaestro.com](http://www.correodelmaestro.com)

Ansaldi, W. (1991), "La búsqueda de América latina. Entre el ansia de encontrarla y el temor de no reconocerla. Teorías e instituciones en la construcción de las ciencias sociales latinoamericanas", en: *Cuadernos/1*. Instituto de Investigaciones - Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires. Disponible en [www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal](http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal)

Beigel, F. (2006), "Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia". En: VVAA. *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 307-321. Disponible en [www.bibliotecavirtual.clacso.org](http://www.bibliotecavirtual.clacso.org)

Bloch, M. (1982), *Introducción a la Historia*, México: FCE. Otra edición revisada: *Apología para la Historia o el oficio del historiador*. Edición crítica preparada por Bloch, Etienne (1996), México, D.F.: FCE; Bradford Burns, E. (1990), *La pobreza del progreso: América latina en el siglo XIX*, México: Siglo XXI.

Braudel, F. (1984), *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid: Alianza.

Burke, P. (1993), *Formas de hacer Historia*, Madrid: Alianza Universidad.

Demelas, Marie-Danièle (1981): "Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia, 1880-1910", en *Historia Boliviana*, 1/2, Cochabamba, pp. 55-81.

Devoto, F. (2008), "La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay", en: Altamirano, C., *Historia de los intelectuales en América latina*, Buenos Aires: Katz editores.

Florescano, E. (2003), "Notas sobre la relación entre memoria y nación en la historiografía mexicana", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre 2003, El colegio de México, pp. 391-416. Disponible en [www.redalyc.uaemex.mx](http://www.redalyc.uaemex.mx)

Funes, P. y Ansaldi, W. (1994), "Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana", en: *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Nueva época, Vol. 1, N° 2, septiembre-diciembre 1994, pp. 193-229. Disponible en [www.catedras.fsoc.uba.ar/udihsal](http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udihsal)

Funes, P. (2006), *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires: Prometeo.

Gemelli, G. (2005), *Fernand Braudel*, Granada: Editorial de la Universidad de Granada.

Halperin Donghi, T. (1996), "La historia social en la encrucijada", en: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

Halperin Donghi, T. (1986), "Un cuarto de siglo de historiografía argentina", en: *Desarrollo Económico*, N° 100, vol. 25, enero-marzo de 1986, pp. 487-520.

Huyssen, A. (2002), *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: FCE.

Moledo, L. (2005), "Einstein: el cerebro mágico", en: *Radar*, Suplemento de *Página 12*, 3 de enero de 2005, p. 4.

Ruggiero, R. (1997), *Braudel y nosotros*, México: FCE.

Sazbón, J. (1987), "Dos caras del marxismo inglés: el intercambio Thompson-Anderson", *Punto de Vista*, N° 29, abril/junio 1987, pp. 11-25.

Terán, O. (1987), *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires: Punto Sur.

### 2. Algunos conceptos para pensar América latina

Bartra, R. (1987), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México: Enlace-Grijalbo.

Coulthard, G. R. (1974), "La pluralidad cultural", en Fernández Moreno, C. (coord.), *América latina en su literatura*, México: Siglo XXI editores.

Da Cunha, E. (1946), *Los sertones*, Buenos Aires, Ediciones Jackson.

De Andrade, O. (1993), *Escritos antropófagos*, Buenos Aires: El cielo por asalto.

Evers, T. (1979), *El Estado en la periferia capitalista*, México: Siglo XXI.

Findji, M. T. (1991), "Movimiento indígena y 'recuperación' de la historia", en AAVV, *Latinoamérica: Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*, Buenos Aires: Alianza Editorial.

Freire, G. (1978), *Interpretación del Brasil*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

González, H. (2000), *Restos pampeanos*, Buenos Aires: Colihue.

Grüner, E.; *La oscuridad y las luces. El fin de las pequeñas historias (II): Esclavitud afroamericana, revolución haitiana, eurocentrismo y pensamiento crítico*, en prensa.

Gruzinski, S. (2007), *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del renacimiento*, Barcelona: Paidós.

Houaiss, A. (1974), "La pluralidad lingüística", en Fernández Moreno, C. (coord.), *América latina en su literatura*, México: Siglo XXI Editores.

Mariátegui, J. C. (1928), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima: Amauta.

Martínez Estrada, E. (2005), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Ortiz, F. (2002), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Madrid: Cátedra.

Rouquié, A. (1990), *Extremo Occidente. Introducción a América latina*, Buenos Aires: Emecé.

Tamayo Vargas, A. (1974), "Interpretaciones de América latina" en Fernández Moreno, C. (coord.), *América latina en su literatura*, México: Siglo XXI editores.

Womack, J. (1996), *Zapata y la revolución mexicana*, Naucalpan, México: Siglo XXI.

### 3. La historia social y lo social en la historia. Temporalidades, colectivos, conflictos y diálogos.

Albó, X., "Etnicidad y movimientos indígenas en América latina", Primer Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, Argentina, 12 julio de 2005, en <http://albo.pieb.com.bo>.

Ansaldi, W. (dir.) (2005), *La democracia en América latina, un barco a la deriva*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Caimari, L. (1995), *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Buenos Aires: Ariel.

Calveiro, P. (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Colihue.

De Souza Neves, M. y Rolim Capelato, M. H. (2004), "Retratos del Brasil: ideas, sociedad y política", en Oscar Terán (comp.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.

James, D. (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.

López, M. P.; "Los años despiadados. Notas sobre el pasado reciente", en *El ojo mocho* N° 16, verano 2001/2.

Oberti, A. y Pittaluga, R. (2007), *Memorias en montaje*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

Quiroga, H. y Tcach, C. (comps.) (2006), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario: Universidad Nacional del Litoral-Homo Sapiens.

Rojas Mix, M. (2005), "Una tipología de las dictaduras", en *Los puentes de la memoria* N° 16, La Plata.

Rouquié, A. (1982), *El estado militar en América latina*, Buenos Aires: Emecé.

Tapia, L. (2006), *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*, La Paz: Tercera Piel.

### Bibliografía complementaria

Argumedo, A. (1993), *Los silencios y las voces en América latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*, Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.

Garretón, M. A. (2006), "Modelos y liderazgos en América latina", en *Revista Nueva Sociedad* N° 205.

Hora, R. y Trímboli, J. (1994), *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y de política*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

Juliao, F. (1969), *Cambao: la cara oculta de Brasil*, México D.F.: Siglo Veintiuno Editores.

Mackinnon, M. M. y Petrone, M. A. (comp.); *Populismo y neopopulismo en América latina. El problema de la Cenicienta*, Eudeba, La Plata, s/f.

Muñoz Ramírez, G. (2004), *El fuego y la palabra*, Buenos Aires: Tinta Limón.

Osorio, N. (comp.) (1988), *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Pla, A. J. (1969), *América latina siglo XX: economía, sociedad y revolución*, Buenos Aires: Carlos Pérez Editor.

Ribeiro, D. (1985), *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Roig, A. A. (1994), *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (2 volúmenes), Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

### Películas

*Actores secundarios* (Chile, 2004), Pachi Leiva, Jorge Bustos, Marcela Betancourt y René Varas.

*Casi hermanos* (Brasil, 2004), Dir. Lucía Murat.

*Chile, la memoria obstinada* (Chile, 1997), Dir. Patricio Guzmán.

*Ciudad de Dios* (Brasil, 2002), Dir. Fernando Meirelles.

*Cocalero* (Bolivia/Argentina/EEUU, 2006), Dir. Alejandro Landes.

*La dignidad de los Nadies* (Argentina, 2005), Dir. Pino Solanas.

*La virgen de los sicarios* (Colombia-España, 2000), Dir. Barber Schroeder.

*Los rubios* (Argentina, 2003), Dir. Albertina Carri.

*M* (Argentina, 2007) Dir. Nicolás Prividera.

*MAL DE ALTURA* (Argentina, 2005), Colectivo Situaciones.

*Un muro de silencio* (Argentina, 1992), Dir. Lita Stantic.

**Serie “Aportes para el  
desarrollo curricular”**



- Didáctica de la Educación Inicial
- Didáctica General
- Filosofía
- Historia social argentina y latinoamericana
- Historia y política de la educación argentina
- Psicología educacional
- Sociología de la educación
- Sujetos de la Educación Inicial
- Sujetos de la Educación Primaria
- Sujetos de la Educación



